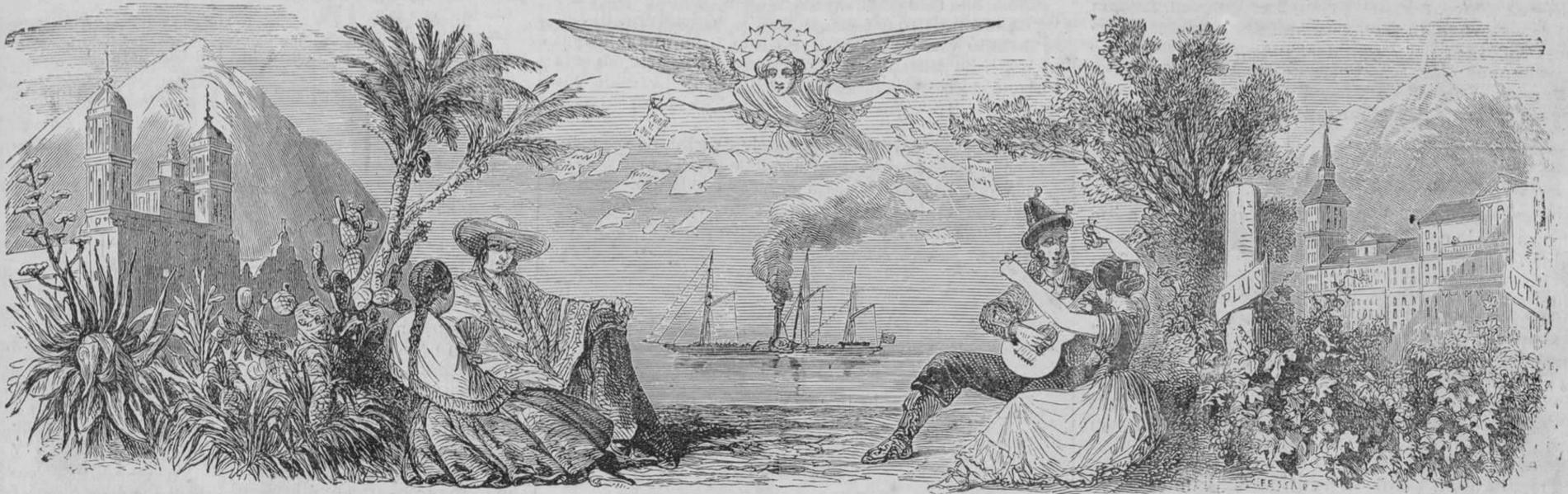


EL CORREO DE ULTRAMAR

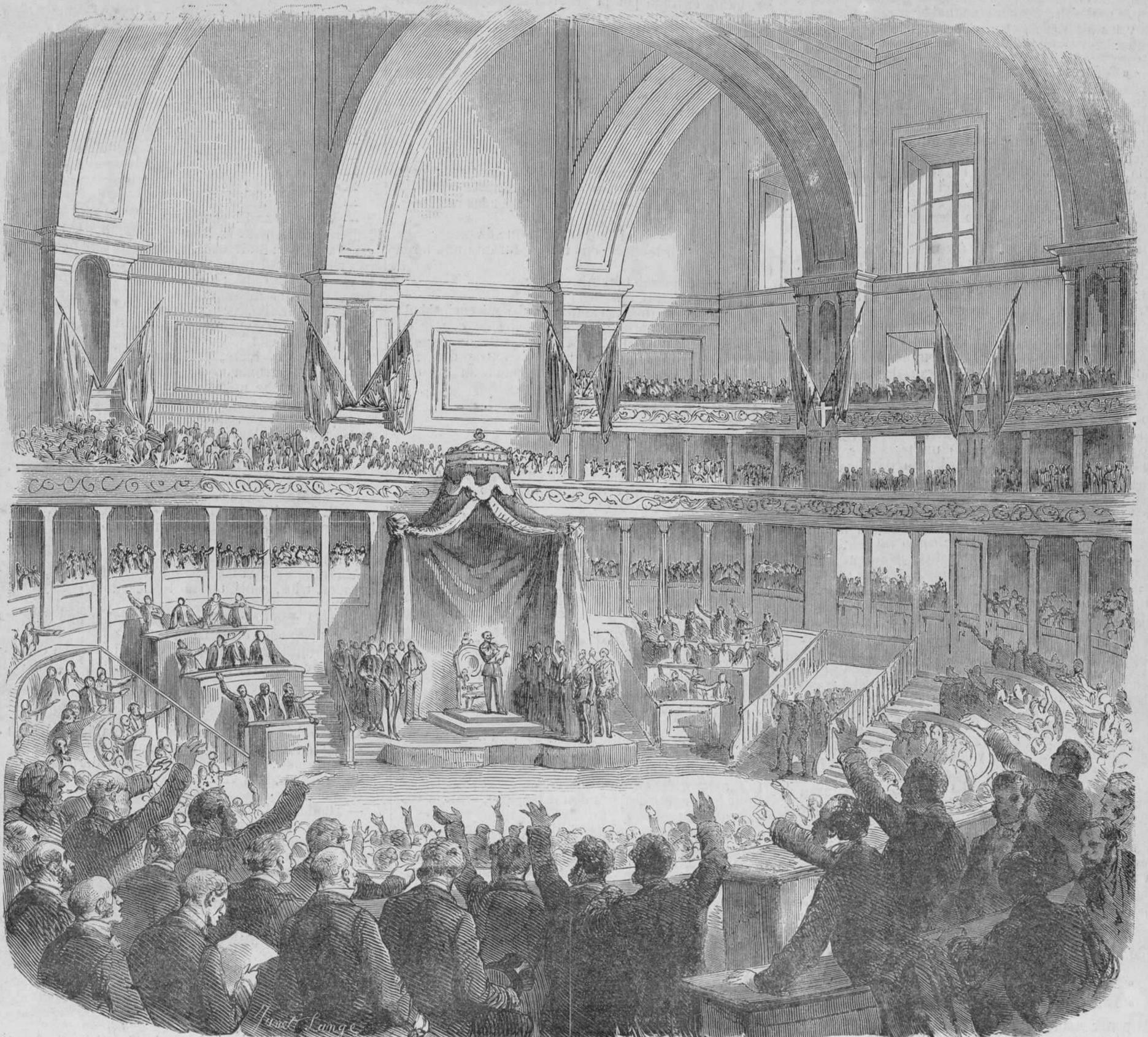
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris

AÑO 13. — N° 383.



APERTURA DEL PARLAMENTO SARDO EN TURIN, EL DIA 2 DE ABRIL DE 1860.

SUMARIO.

Apertura del parlamento sardo; grabado. — La Dama de noche. — San Dionisio de la Reunión; grabado. — El rey Víctor Manuel dirigiéndose al palacio Madama para la apertura del parlamento; grabado. — Hundimiento de la Roca Podrida en las gargantas de Chiffa; grabado. — El general Dieu; grabado. — El general Trezel; grabado. — Revista de París. — El pugilato en Inglaterra. — Saboya; grabados. — El doctor Antonio. — Pinturas musulmanas; grabados. — Viaje de la misión francesa á Persia; grabados. — La Virgen de las azucenas. — El puente colgante de Friburgo; grabado.

Apertura del parlamento sardo.

La inauguración del parlamento del nuevo reino Itálico esperada con tanta impaciencia, tuvo lugar el 2 de abril. Después de las emociones patrióticas que en estos últimos tiempos han hecho palpar á los corazones italianos, se habría podido creer que era difícil reanimar un poco la fibra popular; y sin embargo, también esta vez el entusiasmo ha llegado al colmo.

Desde por la mañana la ciudad ofrecía el aspecto más animado. Las calles y las plazas próximas al palacio Madama estaban obstruidas por una muchedumbre inmensa. A las nueve se abrieron las puertas del palacio legislativo, y en pocos instantes el salón se llenó de espectadores.

A las diez SS. AA. RR. el príncipe de Piamonte y el duque de Aoste y S. A. R. la duquesa de Génova tomaron asiento en la tribuna á la derecha del trono. Sus Altezas Reales fueron saludadas con vivos aplausos. Un poco después los tambores anunciaron la llegada del rey; las diputaciones de las dos cámaras precedidas de sus presidentes salieron al encuentro de S. M.

El rey fué acogido á su entrada con trasportes y aclamaciones. S. M. tomó asiento en el trono, y el ministro del Interior invitó á los senadores y á los diputados á que se sentaran. Después de haber jurado los senadores y los diputados, el rey pronunció el siguiente discurso:

« Señores senadores y diputados:

» La última vez que abrí el Parlamento en medio de los dolores de la Italia y de los peligros del Estado, la fe en la justicia divina me alentaba á augurar bien de nuestra suerte. En un cortísimo espacio de tiempo se ha rechazado una invasión, se ha emancipado á la Lombardía, gracias á las gloriosas hazañas de héroes; se ha libertado á la Italia central, gracias á la maravillosa virtud de las poblaciones, y hoy están reunidos en mi derredor los representantes del derecho y de las esperanzas de la nación.

» Debemos tantos beneficios á un aliado magnánimo, á la bizarría de sus soldados y de los nuestros, á la abnegación de los voluntarios y á la perseverante concordia de las poblaciones que damos gracias á Dios, pues sin la ayuda sobrenatural no se llevan á cabo empresas memorables para las generaciones presentes y futuras. En reconocimiento á la Francia del bien hecho á la Italia, y para consolidar la unión de dos naciones que tienen mancomunidades de origen, de principios y de destinos, siendo necesario un sacrificio, he hecho el que más costaba á mi corazón. Poniendo á salvo el voto de los pueblos y la aprobación del Parlamento, así como las garantías del derecho internacional con respecto á la Suiza, he estipulado un tratado sobre la reunión de la Saboya y del distrito de Niza á la Francia.

» Muchas dificultades tendremos que vencer todavía; pero sostenido por la opinión pública y por el amor de los pueblos, no dejaré perjudicar ni minorar ningún derecho, ninguna libertad; firme como mis antepasados soberanos católicos en el respeto al jefe supremo de la religión, si la autoridad eclesiástica emplea armas espirituales en intereses temporales, en mi conciencia segura y en las tradiciones de mis abuelos sabré encontrar fuerzas para mantener entera la libertad civil y mi autoridad, de la que solo debo cuenta á Dios y á mis pueblos.

» Las provincias de la Emilia han tenido una organización conforme á la de las antiguas provincias; pero en la Toscana, que tiene sus leyes y su organización propia, era necesario una disposición particular momentánea. La brevedad del tiempo y la rapidez de los sucesos han impedido preparar las leyes que deberán dar al nuevo Estado fuerza y consolidación. En el primer período de esa legislatura tendréis que discutir las proposiciones más urgentes. Mis ministros prepararán después, con los cuerpos consultativos legítimos, proyectos que discutireis en el segundo período.

» Basadas sobre el Estatuto la unidad política, militar y financiera, y sobre la uniformidad de las leyes civiles y penales, la libertad progresiva administrativa de la provincia y del municipio, hará renacer en los pueblos italianos aquella vida espléndida y vigorosa que bajo otras formas de civilización y de institución europea, era la condición de las autonomías de las municipalidades, á las cuales repugnan hoy la constitución de los Estados fuertes y el genio de la nación.

» Señores senadores,

» Señores diputados.

» Al poner mano á las nuevas organizaciones, sin buscar en los viejos partidos otra cosa que la memoria

de los servicios hechos á la causa común, invitamos á un noble concurso á todas las opiniones sinceras para realizar el fin supremo del bienestar del pueblo y de la grandeza de la patria; la patria, que no es ya la Italia de los romanos ni de la edad media, que no debe ser ya un campo abierto á las ambiciones extranjeras, sino la Italia de los italianos.»

Concluido este discurso que fué aplaudido repetidas veces, el ministro declaró abierta la legislatura. El rey se levantó y salió del salón en medio de una emoción general. La guardia nacional que tomó parte en esta imponente ceremonia, desfiló después de la sesión por delante del rey, que estaba en el balcón de la galería real de armas.

El rey se volvió luego al palacio, recibiendo por todas partes las muestras más señaladas del afecto de la población. Las calles de la carrera estaban adornadas con el mayor lujo. En suma, la manifestación de ese día fué una prueba más del enérgico patriotismo de los italianos.

X.

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZÁLEZ.

(Continuación.)

Y Luis fué á uno de los armeros y tomó un sable.

— El señorito no hará eso, dijo M. Rouget siempre sonriendo.

— ¿Y por qué no?

— Porque el señorito es un excelente joven.

— Y tú un excelente pillito.

— Nadie hay en la casa, más que el señor marqués, los criados y yo: es decir, que yo sepa: si hay una mujer, habrá entrado por la puertecilla del jardín nuevo que da al campo.

— ¡Vete! dijo Luis, y no vuelvas.

— ¿Y quién servirá el almuerzo?

— No almorzamos por ahora.

— Cuando el señorito me necesite...

— Llamaré: vete.

M. Rouget se inclinó y salió.

XIX.

— Si tú quieres almorzar, Andrés, almuerza: pero espera un poco: necesitamos estar solos.

Y Luis subió de nuevo rápidamente por las escaleras. Yo me senté junto á la chimenea.

Tenía más necesidad de descansar que de comer.

Había sufrido terribles emociones durante una larga vela.

Mi razón empezaba á embrollarse.

Mis ojos se cerraban.

A pesar de lo interesada que estaba mi curiosidad: á pesar de la impresión que acababa de causar en mí la presencia de Margarita de repente en aquella casa, y acompañada de circunstancias extraordinarias, mi cansancio, el estado de mi cabeza pudieron más que todo.

Apenas me senté en el sillón me dormí.

XX.

Cuando desperté después de un sueño pesado, denso, uno de esos sueños que parecen un remedo de la muerte, me encontré á oscuras.

El fuego de la chimenea se había extinguido.

Hacia frío.

Por el momento me creí en mi casa; pero muy pronto se esclarecieron mis recuerdos, y de uno en otro llegué á recordar el momento en que poco antes de dormirme Luis había subido por las escaleras con la intención sin duda de penetrar en el gabinete donde habíamos visto á la Dama de noche.

Al recordar esto sentí un amargo despecho, unos celos horrosos.

A mi alrededor nada se sentía, el silencio era tan profundo, tan denso como la oscuridad.

No estando Luis á mi lado debía estar al lado de la Dama de noche.

Esta idea me levantó del sillón de una manera violenta.

Di un paso adelante y tropecé en un cuerpo humano. Por mejor decir en unas piernas.

Inmediatamente después de mi tropiezo, sentí la voz soñolienta de Luis.

— ¿Qué es esto? ¿qué hay? dijo, se puede ya ver á mi tío... y á oscuras... ¿con que ya es de noche?

— Así parece, á no ser que hayan cerrado la ventana.

— ¡Ah! eres tú, Andrés: ¡despiertas ahora! ¡diablo, pues hemos dormido lo menos cuatro horas!... ¿quién sabe... puede que ocho, porque bien podrá ser que sean las doce de la noche.

— ¡Las doce de la noche! exclamé acordándome de mi cita con Margarita en la Cuesta de la Vega: ¡y á media legua de Madrid! eso me contraría mucho.

— ¡Algun compromiso de amor!

— ¡Sí, hijo, sí!

— ¡Heliogabal! ¡y todavía pretendes que te ame Margarita!

— Es necesario saber qué hora es, dije eludiendo el contestar á Luis.

— Pues mira, busca por ahí, detrás del sillón en que has dormido, en la pared junto á la chimenea un llamador y tira fuerte, hijo: que piense M. Rouget que soy yo, porque si no no viene: ¡desvergonzado pillito! ¡bribon inverosímil! ¡atreverse á negarme que Margarita está aquí! ¿has encontrado el tirador?

— Sí.

— ¡Pues firme!

Tiré violentamente, pero no oí la campanilla.

— Pero dime, exclamé: tú subiste...

— Sí, es cierto que subí, pero también es cierto que bajé.

— Después de haberla visto.

— Me encontré con la puerta cerrada.

— ¡Ah!

— Llamé... me dejaron llamar: grité, me dejaron alborotar: quise romper la puerta... imposible... la maldita era más fuerte que mi deseo... ¡si yo no sé cómo no me has oído!... ha debido ser tu sueño semejante al de los Siete Durmientes... una hora larga he estado golpeando y gritando.

— ¿Casa de tu tío?

— Yo no tengo el menor respeto á mi tío, ni la más leve sombra de temor. El único medio de que mi tío dispone para hacerse respetar de mí, es atrincherarse detrás de una docena de puertas... me vi obligado á bajar en derrota, te vi dormido, y sin saber cómo, por espíritu de imitación sin duda, me senté junto á ti y me dormí... y ello es preciso que yo vea á mi tío... que tengamos una explicación... esto no puede pasar más adelante. Vuelve á llamar, Andrés: me temo que sea muy tarde y que M. Salmonete se haya acostado... sería capaz aunque oyera de hacerse el dormido.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció M. Rouget con un candelabro de seis bugías en cada mano.

XXI.

Apenas hubo luz, Luis y yo echamos simultáneamente mano á nuestros relojes.

— ¡Las ocho!

— ¡Las ocho! exclamamos á un tiempo.

— Me voy, dije á Luis.

— ¡Cómo! ¡sin comer!

— No tengo gana.

— Es que te necesito aquí.

— Volveré.

— ¿Y cuándo volverás?

— Mañana.

— ¿A qué hora?

— A las doce.

— Ve en paz. El sombrero y el abrigo á este caballero, M. Rouget. M. Rouget, avisa á los criados de este caballero: M. Rouget, guía á este caballero por los laberintos de este palacio encantado. Andrés, adios. Hasta mañana sin falta. ¡Ah! M. Rouget, para que no des dos viajes: dí á mi tío el señor marqués, que su señor sobrino don Luis necesita verle con suma urgencia y para un asunto de la más alta importancia.

— ¡Dinero, eh!

— Sea lo que fuere, M. Rouget; avisa á mi tío.

— Olvida el señorito que el señor marqués en cuanto viene la noche no existe... que no puede contarse con él hasta que amanece.

— ¡Ah! ¡sí, es verdad! ¡el accidente! ¡el maldito accidente! pues bien, esperaremos hasta mañana. Adios, Andrés, hijo: hasta mañana ¿eh?

— Sí, hasta mañana.

— ¿Palabra de honor?

— Palabra de honor.

— M. Rouget, mañana á las doce vendrá este caballero; guárdate de no abrirle en cuanto llame.

— Descuide Vd., señorito don Luis.

Luis me estrechó la mano.

Al atravesar aquellos salones desguarnecidos, abandonados, fríos, sentí un no sé qué muy semejante al horror.

En cada uno de aquellos salones había una lámpara opaca que apenas disipaba la oscuridad.

Cinco minutos después mi carruaje rodaba rápidamente hácia Madrid.

XXII.

Cuando llegué á mi casa llamé á mi gabinete á Juan.

— ¿Qué tal os ha ido? le pregunté.

— Muy bien, señor; hemos comido y dormido.

— ¿Y qué habeis visto?

— Nada.

— ¿Cómo nada?

— Nada más que una cocina inmensa y un cocinero muy pequeño, con el rostro muy colorado: el mismo que Vd. ha visto.

— Vete y que venga don Antonio.

Don Antonio era mi mayordomo.

— ¿Qué tenemos? le dije cuando se me presentó.

— Tenemos, señorito, el marco de oro y pedrería, con cristal convexo.

— Dame.

Antonio me entregó una verdadera joya.

— Vete.

XXIII.

Cuando me quedé solo busqué entre el legajo de pa-

peles de Pablo el retrato de Margarita y su rizo de cabellos, y los puse entrambos en el marco.

Comí despues un poco, me vestí, guardé el estuche donde iba el retrato, y me fui al Teatro Real.

Era ya tarde.

Todas las localidades estaban ocupadas; todas, excepto la platea número seis.

La platea de Margarita.

La ausencia de Margarita del teatro me amargó el corazón.

¿Porqué no había ido?

¿Acaso porque en su casa, cerca de ella, se había quedado Luis?

¿Y faltará también a mi cita?

Yo estaba impaciente: además aquella noche no hacia luna.

¿Sería esta una circunstancia que impediría a la Dama de noche el ir a la Cuesta de la Vega?

Pronto debía salir de dudas.

La media noche se acercaba.

Se acabó el espectáculo, y yo dí orden á Pedro de que me llevara á la Cuesta de la Vega.

XXIV.

Dejé el carruaje en la plazuela de Santa María, y me dirigí solo á los jardines.

Estaban completamente desiertos.

Solo se veía al sereno.

Al llegar á la primera glorieta, el reloj de Palacio marcó las doce menos cuarto.

¡Un cuarto de hora de espera!

¡Y cuando se está en una situación como la mía!

Me preparaba á apurar la impaciencia dolorosa de aquel cuarto de hora eterno, cuando oí el leve chasquido que producía el andar de una mujer con traje de seda.

Por este ruido, por la acentuación del paso, si se nos permite esta frase, por el crujimiento de la seda que á este paso acompaña, puede deducirse, acaso por instinto, si la mujer que se acerca es elegante y hermosa.

¡Hay un no sé qué especial en el andar de las mujeres hermosas!

Un no sé qué mágico en el ruido de su traje.

Por los dos ruidos que producía al andar la mujer que se acercaba, deduje que era hermosa, elegante, y además jóven.

Y una mujer jóven, elegante y bella, en aquel sitio y á aquellas horas no podía ser otra que Margarita.

Margarita, que acudiendo como yo un cuarto de hora antes de la convenida á aquel lugar, demostraba de una manera clara su impaciencia.

Una mujer, acudiendo con puntualidad á una cita con un hombre, le concede ya un favor.

Acudiendo con anticipación, siquiera sea una anticipación de cinco minutos, comete una imprudencia.

Autoriza al hombre á creerse amado de una manera grave.

Mi corazón latía violentamente.

Lo que quiere decir que mi sangre se dilató á la sola aproximación de Margarita.

Entró en la glorieta y se detuvo.

Era la noche densamente oscura.

La Dama de noche no pudo verme.

Yo mismo no me veía los dedos.

Creí que no debía dejarla en su perplejidad.

Aunque no la veía, estaba seguro de que era ella.

— ¡Gracias! la dije levantándome.

— ¡Buenas noches! me dijo con una encantadora sencillez, bajo la cual se ocultaba mal una viva alegría: ¿hace mucho tiempo que espera Vd., Zayas?

(Yo me llamo Andrés Zayas).

— ¡Ah! no, no, señora: acabo de llegar: ¡si aun no son las doce!

— Pues yo temía haber llegado tarde: déme Vd. el brazo: no veo.

Me acerqué y la dí el brazo.

— Perdóneme Vd. si le he obligado á venir aquí con este frío: yo esperaba que hiciese luna como anoche: anoche no hacia frío: ¡tiembla Vd.!

En efecto, al darle el brazo, mi brazo temblaba.

— Tiemblo de amor, señora, la respondí.

— ¡Temblar de amor! Comprendo que se tiembla de miedo ó de frío: solo los niños tiemblan cuando ven ante sí á la mujer que les ha inspirado su primer amor: Vd. no es cobarde ni niño; luego debe temblar de frío. Y le hace... si por cierto, y agudo... andemos, Zayas.

Nos pusimos en marcha.

— Usted es mi primer amor, la dije; para Vd. soy un niño.

— Permítame Vd. que le diga que esa es una galantería vulgar: Vds. los hombres dan un gran valor al primer amor de la mujer, y lo comprendo, porque una mujer no ama mas que una vez en toda su vida, ó mas bien llena toda su vida de un solo amor; pero el amor de los hombres es una equivocación continua: para los hombres es el primer amor cabalmente aquel que creen el último: no me diga Vd. pues que ama por la primera vez.

— Puedo decirlo, puesto que estoy seguro de que por la última vez amo.

— ¿Adónde me lleva Vd., Zayas? Creo que descendemos.

— Sí: vamos hácia los jardines inferiores.

— No: subamos: entremos en la población.

Nos volvimos y empezamos á subir la cuesta.

— Andaremos por las calles mas solitarias como dos

fantasmas, y antes del amanecer nos separaremos. No sé porqué esta vagancia nocturna con Vd. tiene para mí encantos inapreciables: soy apasionada por lo extraordinario.

Llegábamos en aquel momento á la alto de la Cuesta de la Vega.

La luz pendiente delante de la Virgen de la Almudena enviaba hasta nosotros un débil resplandor.

Gracias á aquella luz comprendí que bien podíamos pasar por fantasmas para los que nos viesan atravesando en las altas horas de la noche alguna callejuela oscura.

La Dama de noche iba completamente vestida de blanco.

El velo de su sombrero, blanco también y tupido, la cubría enteramente.

Yo vestía un paletó y unos pantalones de color gris claro.

Solo eran negros el sombrero y las botas.

XXV.

— Lleguemos delante de la Virgen, me dijo Margarita.

Adelanté en silencio con ella hasta el pié de la pared en la cual en su nicho está la Virgen de la Almudena.

Margarita se desasíó de mi brazo y me dió la mano.

— Arrodillémonos, me dijo, y ofrezcamos á la Virgen, Vd. su último amor, yo mi amor primero.

Aquella ofrenda era un prólogo *sui generis* de nuestra entrevista.

Una especie de advertencia preliminar dedicada á mí.

Un amor presentado en ofrenda á la Virgen debía ser casto, un martirio de los sentidos, una dilatación purísima del alma, para que la ofrenda no fuese impía.

Mi alma rechazaba el martirio por Margarita, y encontré un término medio.

Ofrecí á la Virgen la pureza de aquel amor hasta el límite del matrimonio; pero pedí á la Santa Madre de Dios con toda mi alma me concediese la ventura de esposo de aquel ángel de fuego que me tenía loco.

XXVI.

La oración duró algunos segundos.

La Dama de noche se levantó, y me levanté.

Luego se asió de nuevo á mi brazo.

Seguíamos subiendo, y al entrar en la plaza de Santa María, Margarita reparó en mi carruaje, cuyas linternas lucían entre la oscuridad.

— ¿Es acaso aquel carruaje de Vd.?

— Sí, la dije alentando apenas.

— Entremos en él, tendremos menos frío.

Poco despues estábamos encerrados en mi carretela.

— ¿Adónde? la dije.

— ¿Adónde?... me contestó como indecisa de su respuesta: aquí también hace frío: es una noche horrosa... ¿Vive Vd. solo? añadió de repente despues de una ligera pausa.

— Completamente solo, señora.

— Pues bien, vamos á su casa de Vd.

La sorpresa me impidió hablar durante algunos segundos.

— ¡A mi casa, señora! exclamé.

— Sí, á su casa de Vd.: ¿qué hay de extraño en ello?

— ¿Pero y los criados?

— Los criados verán una mujer completamente encubierta.

— Pero á Vd. no se la desconoce si se la ve una vez; y si mañana es Vd. mi esposa...

— ¿Cree Vd., Zayas, que los espectros pueden carsarse?

— Siendo como Vd. ¿porqué no?

— Acepto: consiento en ser su esposa de Vd. si despues de conocerme se atreve Vd. á enlazarse conmigo.

— ¿Que si me atrevo?...

— No sea Vd. temerario, Zayas: no se comprometa Vd. de una manera irresistible. Y sobre todo, ¿está usted seguro de que yo seré su último amor?

— ¡Mi único amor!

— Lo veremos; pero entre tanto á su casa de Vd.

Dí orden á Pedro para que nos llevase á casa.

Durante el camino Margarita guardó silencio.

Yo la veía al reflejo de las linternas que penetraba en el carruaje, blanca, encubierta, inmóvil, llena de un prestigio poderoso, exhalando de sí un aroma embriagador.

Yo gozaba no sabré decir qué delicia.

Mi amor crecía sensiblemente, rápidamente, de una manera monstruosa.

Lo había olvidado todo.

Para mí mi vida entera, el mundo, la eternidad estaban concentrados en ella.

Vivía una vida poderosa.

La vida del amor.

Y del amor embellecido por todos sus encantos, por todas sus tentaciones.

Sublimado por el misterio que rodeaba á aquella mujer singular.

XXVII.

Pedro solo invirtió cinco minutos en llevarnos á casa.

Era la primera vez que mis criados me veían entrar en ella con una mujer.

Julian, mi ayuda de cámara, al abrirme segun costumbre, se sorprendió.

Al llegar á la puerta de mi gabinete, la abrió, se inclinó profundamente al pasar Margarita, y cuando yo hube pasado cerró.

XXVIII.

Margarita se sentó con ansia junto á la chimenea.

Lo que demostraba que tenía mucho frío.

Peró no se levantó el velo.

— ¡Aun aquí, la dije, aun aquí que nadie puede vernos, ese velo enemigo!

— Cierre Vd. con llave las puertas de todas las habitaciones inmediatas á esta.

Me levanté y cerré sucesivamente las puertas de las habitaciones vecinas.

Cuando entré en el gabinete retrocedí.

Retrocedí asombrado, deslumbrado.

¡Qué mujer, Dios mio, qué mujer!

¡Qué hermosa! ¡Qué deslumbrante estaba en aquel momento mi Margarita, mi ángel!

XXIX.

Acababa de dejar su abrigo y su sombrero sobre un velador.

Estaba vestida ni mas ni menos que como pudiera haberse vestido para un baile una mujer millonaria y de un gusto exquisito.

Figuraos un traje completamente blanco, admirablemente confeccionado, admirablemente vestido, de una tela indefinible, mate, suelta, rica, aérea, en que apenas brillaba entrelazados en sutiles arabescos, componiendo el tejido, la plata y el oro y el azul bajo perdido; una tela oriental, asiática, una especie de crespon de la China, con bellos festones escalonados; una maravilla de la industria de ultramar, delicada, suelta, admirable: figuraos un cuello, unos hombros y un seno y unos brazos nacarados, mórvidos, con todo el poder sensual de la belleza de la forma; una cabeza coronada por los cabellos rubios mas hermosos del mundo, peinados de tal manera que su riqueza aparecía por completo, en toda su exuberancia, en todo su magnífico desarrollo, y estos cabellos ceñidos al rededor y cruzados en la parte superior siguiendo la dirección de las trenzas por bandas de gruesos y limpidos brillantes, de los cuales arrancaba centellas de rojo, de verde, de azul, de ópalo, de amarillo, la lámpara colgada del centro del techo de mi gabinete; y ¡cosa extraña! la frente de ángel glorioso que aquellos cabellos limitaban, los ojos color de cielo en una mañana de primavera, las megillas pálidas, la boca rosada y entreabierta, el cuello, los hombros, los brazos y el ser entero de Margarita resplandecían para mí mas que los brillantes de su tocado y de sus brazaletes, eran mas puros que el raudal de perlas que ceñían en dobles vueltas su garganta.

(Se continuará.)

San Dionisio de la Reunion.

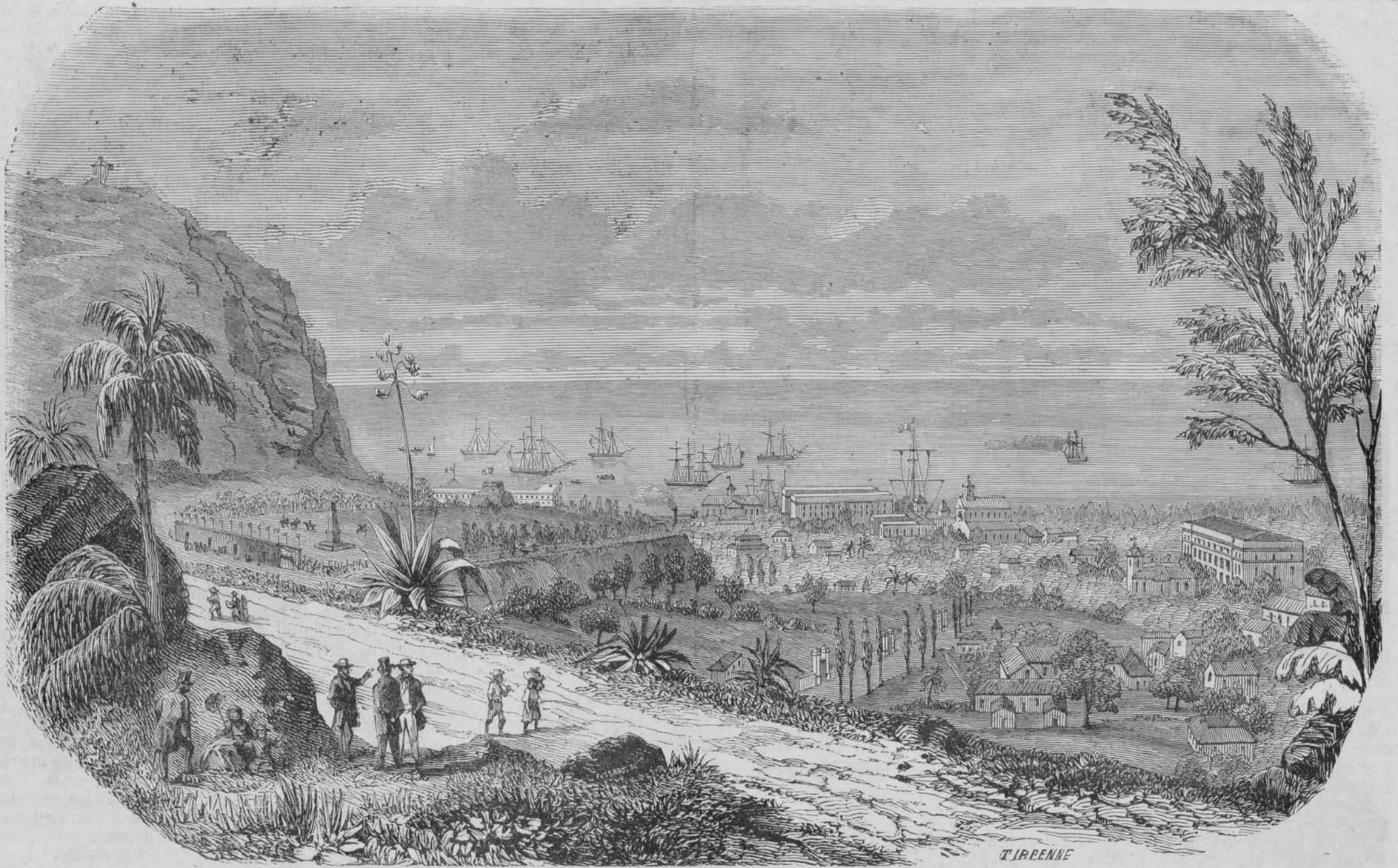
(AFRICA FRANCESA.)

San Dionisio se encuentra en la costa setentrional de esta isla, y es la residencia del gobierno. Sus construcciones son regulares y bonitas. Hé aquí la descripción que hace de la ciudad M. P. de Monforand, autor de una obra interesante sobre la isla de la Reunion:

«Habeis debido experimentar una sorpresa muy agradable cuando vuestro buque, despues de haber costado verdosas poblaciones, llega á fondear en la rada de San Dionisio. ¡Qué panorama tan espléndido! La ciudad parece haber escogido su puesto para que se la vea entera á la primera ojeada: aquí casas elegantes, mas arriba el campanario de una iglesia, enfrente un vasto hospital, á la derecha un cuartel inmenso, y por todas partes árboles seculares como en un parque real, y techumbres aglomeradas como en una ciudad populosa.

¿Y cómo habría podido pintar de otra manera el artista mas hábil ese cuadro risueño que se distingue con tan variados accesorios? ¿Cómo reemplazar ese enorme cabo Bernardo, centinela colosal que se adelanta en la mar sorprendiendo la vista con sus singulares efectos de luz? Habiais creído ver toda la población, cuando se había detenido la mirada detrás de un primer término de blancas construcciones en el flanco purpúreo de la montaña... ¡qué error tan grande! Nuestra bonita población tiene todas las astucias de la coquetería; descubre sus hechizos poco á poco.

Una vez en la ciudad, á cada paso se encuentra una sorpresa. Quizá habiais creído ver chozas de tierra ó de follaje como en las relaciones de los viajeros, y encontráis hermosos monumentos en esa ciudad nacida ayer. Subamos la calle de París, que corta en línea recta toda la población. Hé aquí una estatua de la Bourdonnais, ese genio poderoso, padre de la colonia en su pálida aurora; saludad de paso á nuestra modesta catedral donde apenas caben ya los fieles. Reconoced en esa fuente de bronce á los dioses protectores de la isla: el Comercio, la Marina, la Industria y la Agricultura; á su lado mirad ese hermoso hospital, del que no habeis visto mas que una parte en lontananza. Ese palacio blanco, con sus columnas por concluir aun, es nuestra casa de ayuntamiento; demos un rodeo y os enseñaré un elegante bazar de hierro donde se abastece toda la población; subamos un poco mas y vereis un hermoso palacio de Justicia; un jardín botánico, un museo y un colegio, que es un establecimiento de primer orden.

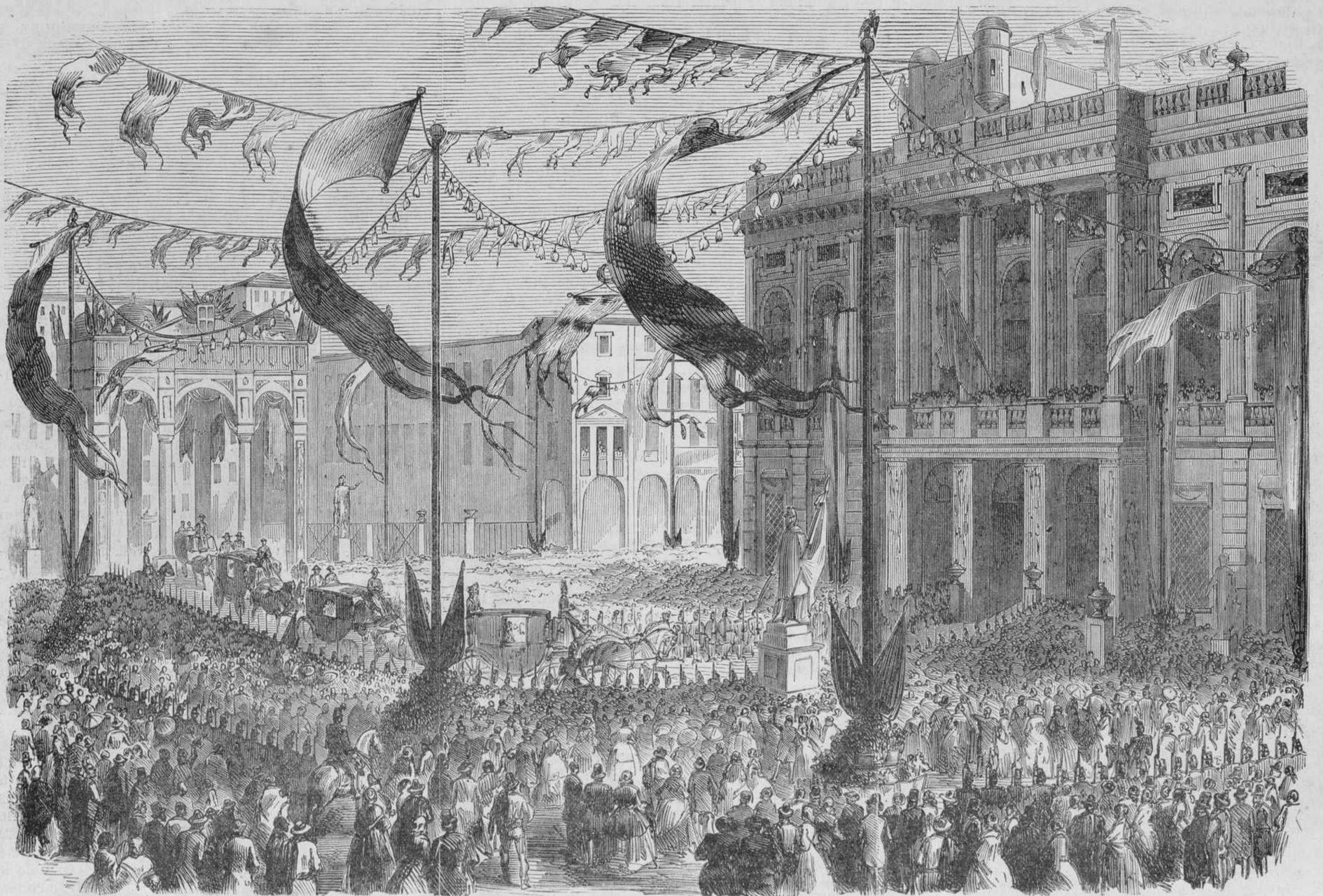


SAN DIONISIO, ISLA DE LA REUNION (Africa francesa)

Ved ese vasto espacio lleno de piedras sin labrar; es una nueva catedral que toma posesion del terreno, y que en breve será el orgullo de la ciudad. Y aquí y acullá por todas partes admirad esas elegantes cons-

trucciones de gustos y estilos diferentes. Mirad esa villa italiana con sus blancas columnas cargadas de flores; ese pabellon chino; esos balcones morunos con enrejados de plantas floridas, y confesareis que todo ello

forma un conjunto caprichoso y seductor. — ¡ nada digo del campo sembrado de huertas con casas de recreo, que son otros tantos asilos del perezoso *farniente* italiano. »



EL REY VICTOR MANUEL DIRIGIÉNDOSE AL PALACIO MADAMA PARA LA APERTURA DEL PARLAMENTO.



HUNDIMIENTO DE LA ROCA PODRIDA EN LAS GARGANTAS DE CHIFFA, EN LA CARRETERA DE ARGEL Á LEGHUAT.

El general Dieu.

El ejército francés acaba de tener una pérdida cruel con el fallecimiento del general Dieu que murió el 8 de abril último.

M. Dieu, joven todavía en el momento de su muerte, pertenecía al cuerpo de estado mayor, y como oficial

de este cuerpo había recorrido los diferentes grados de la gerarquía hasta el de general de brigada. Formaba parte del numeroso grupo de oficiales que han combatido en Argelia, y que tanto han contribuido á los triunfos alcanzados por los franceses en Oriente y en Italia; desde muy joven había sobresalido, sobre todo por una grande actividad. General en Solferino, dirigia

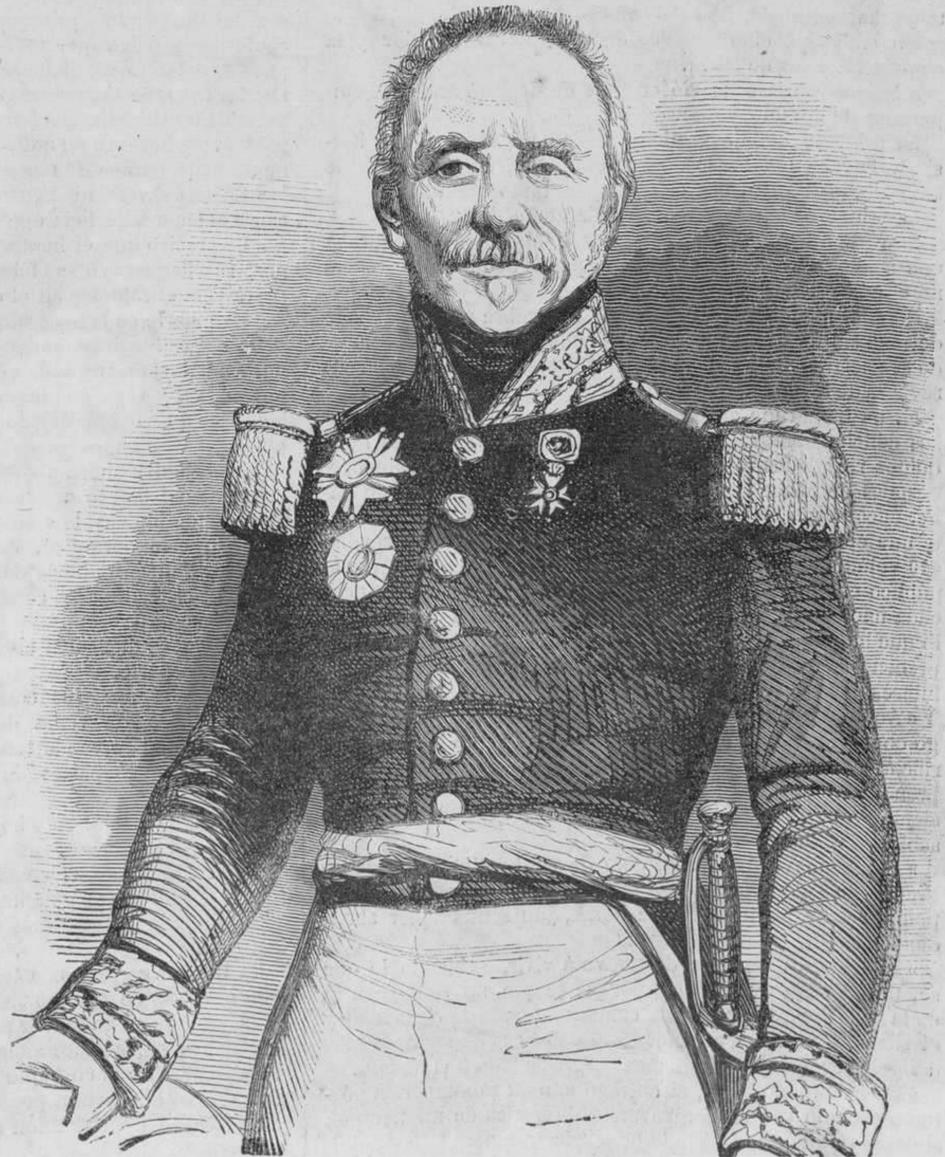
un ataque á la cabeza del 74º de línea, cuando notando que una pieza tiraba mal, se detuvo á rectificar la puntería.

Después de haber hecho esto, quedó herido por un proyectil enemigo; y ha sucumbido de resultas de su herida al cabo de nueve meses de padecimientos.

F. H.



EL GENERAL DIEU, muerto en Paris el 8 de abril de 1860.



EL GENERAL TREZEL, ex-ministro de la guerra, muerto en Paris el 11 de abril de 1860.

El general Trezel.

Trezel (Camilo-Alfonso), nacido en 1783, se enganchó á los diez y seis años, y fué nombrado cuatro años después oficial en el cuerpo de ingenieros geógrafos. Ayudante del general Gardanne, cuando el envío de este general á la Persia (1807-1808), volvió á tomar parte en las tareas del grande ejército, y se distinguió de un modo particular en Waterloo, donde perdió el ojo izquierdo. En su consecuencia fué nombrado general de brigada durante los Cien días; pero su nombramiento no fué reconocido por el gobierno de la Restauración. Trezel volvió al servicio en 1818 como coronel, y le colocaron en el cuerpo de estado mayor que se formó entonces bajo la entendida dirección del mariscal Gouvion Saint-Cyr.

El coronel Trezel hizo las campañas de España y de Morea, y obtuvo por fin en 1829 el grado de mariscal de campo que había conquistado una primera vez en Waterloo. Llamado al mando de la provincia de Orán en 1833, Trezel tuvo el dolor de ver figurar su nombre en un desastre considerable, cual fué el de la derrota de Macta. El general Trezel, que no había huido el peligro, no declinó la responsabilidad que le cabía en aquella catástrofe.

Teniente general en 1837 y par de Francia algunos años después (1846), sucedió en el ministerio de la Guerra á M. Moline Saint-Yon, y aun desempeñaba sus funciones cuando estalló la revolución de febrero.

De 1853 á 1856 ha estado agregado, como gobernador, á la persona del conde de París.

Si el general Trezel no puede aspirar á la reputación de un hombre de guerra hábil, se debe consignar al menos que constantemente dió pruebas de mucha lealtad y de los sentimientos mas rectos. El *aveur* (el tuerco), como le llamaban los árabes, se hallaba dotado tambien de un gran valor, y esta cualidad hace perdonar muchos defectos en las filas de la milicia. F. H.

Revista de Paris.

En la noche del martes último tuvo lugar el gran baile de trajes en el palacio de Alba, que hemos anunciado ya á nuestros lectores. Fué quizá mas suntuoso de lo que se esperaba. En el jardín y en el piso principal del edificio se habían dispuesto vastas galerías para el baile. Al descubrirse las mesas de la cena á eso de las dos de la madrugada, los concurrentes creyeron encontrarse en un palacio encantado. Además de un crecido número de criados con librea, unos cincuenta pajes vestidos de azul y con el escudo de la casa de Montijo, servían á los convidados que solo ascendían á 1,200.

Los músicos tenían trajes de la edad media.

Entre los rigodones que mas llamaron la atención, señalaremos el de los Cuatro Elementos.

Es imposible citar trajes, porque es imposible elegir entre tanta magnificencia, tanta elegancia y tanto gusto.

Sin embargo, citaremos los disfraces del emperador y la emperatriz y los de las princesas.

A la emperatriz se la vió en traje de dominó azul y al emperador de dominó verde.

La princesa Matilde vestía de india de la secta de los Parsis, y llevaba los brazos, el pecho y la frente pintados de amarillo. — La idea era original y un tanto excéntrica.

La princesa Clotilde vestía sencillamente de pastora.

Entre los disfraces extravagantes había uno que figuraba una rama de roble. El personaje que se ocultaba así regaló flores á la princesa Clotilde.

Hemos anticipado esta ligera noticia sobre el famoso baile del palacio de Alba, contando con que dará mas pormenores de él nuestra colaboradora la vizcondesa de Renneville en sus revistas de la moda.

M. de Lamartine acaba de hacer un postrer llamamiento á sus conciudadanos. El ilustre escritor, en vista de los mezquinos resultados que ha producido la suscripción nacional, y después de haber intentado vender todos sus bienes sin haber encontrado un comprador, ha resuelto hacer por su cuenta una edición completa de todas sus obras que comprenden 110 volúmenes, de los cuales 20 son inéditos, y ofrecerla al público en 40 tomos, pagaderos en cuatro plazos á 80 francos cada uno. Ya está en prensa este monumento único de todo lo que ha escrito M. de Lamartine, que llevará al frente este prefacio inédito aun, y cuya traducción creemos verán con interés nuestros lectores:

«Aquí están mis obras. No las publico por vanidad; no digo como Horacio: *Exegi monumentum*. Estoy tan lejos de glorificarme ante este monton de hojas muertas ó efímeras desprendidas de las ramas del árbol de mi vida, cuyas raíces siepto morir ya, que digo sinceramente: Quisiera no haber sabido escribir nunca.

» El mismo Virgilio trasladado de su humilde casa de la branza de las márgenes del lago de Garda al centro de las pompas y de los tumultos de Roma, ¿no sentía haber abandonado sus bueyes y sus viñas?

» Si debiera comenzar de nuevo á vivir, sabiendo lo que sé, no buscaría la felicidad, porque sé que no se encuentra en la vida; pero si buscaría cuidadosamente la oscuridad y el silencio, esas dos divinidades domésticas que guardan los umbrales de los que son menos desgraciados en el mundo.

» De este modo pues, si entrego aun mi nombre casi póstumo al ruido y á las controversias literarias de mi tiempo; si deseo que la critica ó la indulgencia se agiten todavía útilmente en torno de mis libros, no es porque tenga el gusto de la publicidad, sino porque estoy condenado á ella como á mi

suplicio. Pago la vana gloria de mi juventud con la humillación de mis últimos días.

» ¿Porqué he despertado el eco que tan bien dormía en los bosques paternales? Ahora, cuando yo quería dormir á mi vez, él me persigue. Es su venganza y mi expiación.

» Lo digo sin falsa modestia: no creo legar una herencia de obras maestras á la mas corta posteridad. He escrito, hablado y obrado demasiado para haber podido concentrar en una sola obra capital y duradera el poco talento con que me habia dotado más ó menos la naturaleza. Como el ave del desierto (que no es el águila), he sembrado en la arena aquí y acullá los gérmenes de mi posteridad, y no he cubierto bastante, para ver su producto, los huevos dispersos del genio.

» Alma he tenido, es verdad; pero nada mas que eso. Mi corazón ha proferido algunos ayes justos. Pero si el alma basta para sentir, para expresar no basta. Me ha faltado tiempo para hacer una obra perfecta, porque he malgastado el tiempo, ese capital del genio.

» Habiendo prodigado el tiempo, justo es que me falte el porvenir. Esto me aflige, pero no me hace exhalar ninguna queja.

» El único mérito de esta inmensa colección de todas mis obras, será el de formar una pequeña parte de la historia intelectual, poética, literaria, filosófica y política de los años que han transcurrido de 1820 á 1860, casi medio siglo. Estos volúmenes no son un monumento, son señales, son piedras miliarias marcadas con mi nombre, y puestas en el camino del tiempo para medir los pasos del pensamiento. Este medio siglo ha pasado por las mismas huellas que yo: — yo he señalado las mias en verso, en prosa, en discursos, en acciones mas ó menos memorables; los demás no han señalado su paso en la vida. Eso es todo.

» ¡Ojalá el público no se engañe en cuanto al sentimiento que me hace volver sobre esas huellas de mis sentimientos ó de mis ideas! Es un sacrificio que hago al deber, muy penoso, pero muy obligatorio.

» No pudiendo vender tierra, vendo amor propio; pues no pretendo glorificarme con estas obras.

» Seguramente preferiría tomar estas páginas sin volverlas á leer ó sin pedir á nadie que las leyese; preferiría hacer con ellas una hoguera y abandonar su vano humo al viento de la tarde; pero mi conciencia me dice: — ¡Detente! Debes pan á centenares de bocas; tus obras tienen un valor material con el cual se compra el pan de esas familias hácia cuya existencia tienes obligaciones contraídas. Suplica á los hombres que te compren esas vanidades de tu pluma, que se santificarán convirtiéndose en pan cotidiano.

» Repito que solo este motivo me guía en la publicación de mis obras.

» Hace largo tiempo que la última raíz de toda vanidad literaria ó política se ha secado en mí, como si jamás hubiera existido. No me creo ni clásico en poesía, ni infalible en historia, ni siempre intachable en política. Cuando repaso mis obras ó mi vida, me juzgo á mí mismo con mas justicia, pero con tanta severidad como me pueden juzgar mis enemigos. ¿Porqué? Porque me juzgo, no delante de los hombres, sino delante de Dios, cuya luz resplandeciente hace resaltar todas las manchas. ¿De qué serviría pues la conciencia, sino para darse golpes de pecho antes de la hora en que, á falta de inocencia, el último suspiro debe llevar al menos toda la honradez del alma al Juez misericordioso de nuestras flaquezas? La confesión pública que los primeros cristianos hacían á las puertas del templo, debe ser hecha por el hombre bonrado en alta voz ante las puertas de la posteridad. Una de las singularidades de esta edición final y única, consistirá en esos juicios que haré yo en notas, sin consideración conmigo mismo, á cada página de mis obras ó de mis actos.

» En esta severidad encuentro un amargo placer: aquel que causa al alma la justicia ejercida hasta en perjuicio propio.

» Es preciso que el hombre sea implacable con sus pasiones, sus flaquezas ó sus faltas para merecer el perdón en la tierra y la absolución en el cielo.

» La muerte es la necesidad de la vida. — LAMARTINE.»

No es posible presentarse al público con mas humildad; la posteridad será sin duda mas justa que lo es él con sus propias obras, y verá en ellas uno de los grandes monumentos literarios que habrá dejado á las generaciones futuras el siglo XIX.

Vamos á dar ahora algunos detalles interesantes sobre el consumo del tabaco en el mundo, que extractamos de una publicación inglesa, la « Miscelánea Mercantil. »

Segun este periódico, la Inglaterra consume anualmente cerca de quince millones de kilogramos de tabaco, sin perjuicio de las cantidades considerables que el contrabando introduce en el país.

Desde hace diez años el consumo inglés se ha aumentado una cuarta parte.

Hay en Londres 123 comisarios judiciales especialmente encargados de la venta del tabaco, 90 fabricantes y 1,569 tiendas donde se vende tabaco.

Las diferentes partes de esta fabricación ocupan 7,880 obreros.

En todo el Reino Unido hay 252,048 tiendas donde se vende el tabaco al por menor.

En el continente el consumo y los gastos inherentes á él toman proporciones gigantescas.

En Francia se fuma mas que en Inglaterra en proporcion á la población.

En Hamburgo se fuman 40,000 cigarros por día, y su población no pasa de 150,000 habitantes. Diez mil personas (mujeres y niños en su mayor parte) se hallan empleadas en esta fabricación que produce anualmente 150 millones de cigarros.

En Dinamarca el consumo anual llega á la enorme proporción de dos kilogramos por cabeza sobre la población entera, y en Bélgica la proporción es mayor aun, pues pasa de dos kilogramos.

Por último, en América todos aquellos que hacen uso del tabaco, consumen anualmente lo menos 20 millones de

toneladas de este artículo, es decir, tanto como consumen en pan 10 millones de ingleses.

Mencionaremos sin embargo el detalle particular de la producción total del tabaco en el imperio turco, que se eleva á 18.717,000 kilogramos. La calidad del producto de la cosecha turca es tan diversa, como diferentes son los destinos que la dan; varia sobre todo segun las provincias en donde crece la planta.

Los principales lugares de producción son la Macedonia, la Tesalia y la parte setentrional de la Anatolia. Las cercanías de Larisa y de Amyra en Tesalia producen unos dos millones y medio de kilogramos de tabaco.

De esta cantidad apenas se consume una tercera parte en el país; lo demás pasa por el puerto de Valo con dirección á Grecia y á las demás partes de la Europa. El precio varia de 75 céntimos á 1 franco 25 céntimos el kilogramo.

La Macedonia produce anualmente 4 millones de kilogramos de tabaco, y exporta unos 40,000 para la Rusia y el Austria; pero la mayor parte de esta cosecha se vende en Constantinopla. Unicamente 800,000 kilogramos salen para la Francia y otros tantos para la Inglaterra; el resto se consume en las demás provincias del imperio y en Egipto.

Sea como quiera, los turcos prefieren el tabaco de Siria. De esta última comarca se sacan 900,000 kilogramos de tabaco de primera calidad y 800,000 de segunda.

MARIANO URRABIETA.

El pugilato en Inglaterra (1).

Londres 18 de abril.

Hubo mientes como el puño;

Hubo puños como el mientes.

QUEVEDO.

Faltaria á los deberes de corresponsal que Vds. me han impuesto y con que yo me honro, si no diese á Vds. una relación circunstanciada del gran acontecimiento ocurrido ayer, cuyo anuncio ha embargado la atención de Inglaterra y de los Estados Unidos durante los últimos tres meses, que ha ocupado un puesto diario, durante este período, en las columnas de todos sus colegas de aquí, que ha dado origen á interpelaciones en la cámara, á expediciones de la policía y á debates ante los tribunales, que ayer impulsaba á los periódicos á multiplicar ediciones, que llenaba los clubs de gente ansiosa por saber el resultado, que inundaba las calles de vendedores de esos mismos periódicos, con otra multitud de síntomas de que me desentendiendo por no aumentar las dimensiones de este párrafo.

Tratábase nada menos que del gran combate entre el Benicia-boy, campeón de los Estados Unidos, y Tom Sayers, campeón de Inglaterra, para alcanzar la faja representativa del campeonato universal, si me es lícito inventar esta palabra.

Sospecho que el párrafo anterior será hebreo ó caldeo para Vds. y la mayoría de sus lectores; pero voy á ver si los ilumino y consigo que vean Vds. alguna luz en este gran suceso contemporáneo, que tiene conmovido á Londres, que hoy conmovió á toda la Inglaterra, y dentro de siete días á los Estados Unidos.

Ustedes han oído hablar mil veces de la afición de los ingleses á los puñetazos, afición tan universalmente reconocida, que hasta ha llegado á hacer necesaria en el idioma castellano la invención de la palabra bárbara *trompis*. Pero no crean Vds. que los ingleses se administran mutuamente los referidos *trompis* por rutina, ni que incurren en el empirismo de darse de mojonones segun Dios le da á entender á cada cual. Nada de eso, el pugilato es una ciencia, ó por mejor decir, un arte que obedece á ciertas reglas y principios no innatos en el hombre, y que hay que aprender por medio de profundos estudios; y el ejercicio público de este arte está sometido á un código lleno de sábias prescripciones, encaminadas á asegurar á los combatientes ventajas equitativas, y á evitar abusos de fuerza en caso de accidentes imprevistos. Los ingleses se enorgullecen de poseer este arte, que llaman á boca llena exclusivamente inglés, satisfacción que les abandonan con el mayor gusto, y lo designan oficialmente con el pomposo título de *El noble arte de la defensa propia*.

Este arte se enseña á los jóvenes en casi todas las escuelas, si bien en este caso, se atempera su ingenua brutalidad haciendo uso de guantes rellenos de lana que amortiguan los golpes, y en estas circunstancias es ciertamente un ejercicio higiénico y varonil, que contribuye á desarrollar los músculos y á dar vigor al pecho, á las piernas y á los brazos de la juventud inglesa. Pero el ejercicio público de este arte por profesores especiales, género de gladiadores groseros aficionados á las bebidas espirituosas, constituye un espectáculo brutal y semi salvaje, que se deja muy atrás á nuestras corridas de toros. A lo menos en estas, aun para los que no somos aficionados, resulta cierto conjunto estético de la gracia de los movimientos en la cuadrilla, de sus variados y elegantes trajes y de la multitud que ocupa el circo.

En las luchas pugilísticas no hay nada de esto. Dos jayanes de aspecto grosero, en cuya fisonomía no hay un solo rasgo que revele algo que sea espiritual é inteligente, medio desnudos, se asestan durante un par de horas puñetazos capaces de derribar á un toro, caen alternativamente al suelo, cubiertos de sangre, inflama-

(1) Tomamos de un periódico de Madrid, la *Epoca*, este curioso artículo que creemos agrada á nuestros lectores.

da la cara, reventando los ojos con los golpes sufridos, con una costilla rota á veces, hasta que uno de ellos no puede mas, y se retiran ambos á pasar largos dias en la cama antes de hallarse en estado de volver á salir á la calle para recibir la ovacion que les ofrecen las tabernas.

El que triunfa en una serie de estas luchas hasta el punto de que todos los demás profesores le temen y no se atreven á desafiarlo, recibe una faja que ciñe con orgullo, y se condecora con el título de campeón de Inglaterra, que reconocen y acatan amigos y adversarios.

Lo peor quizás de estos espectáculos, es que la lucha es un pretexto de apuestas entre los concurrentes, en que se cruzan sumas enormes, y los parciales de los combatientes respectivos cotizan muchos dias antes de la lucha, como si fuesen fondos públicos, el valor que cada cual atribuye á su favorito. Así, antes de verificarse el acontecimiento, se oyen á cada paso diálogos de esta especie: — ¿Cómo están los odds (frase felizmente intraducible al español) contra Fulano? — Dos contra uno; ó diez contra uno, ó lo que sea, segun los cálculos y las esperanzas de cada cual. A lo menos en nuestras corridas de toros no hay esto. Allí va cada cual á divertirse mas ó menos racionalmente; pero no son un pretexto de juego ó de especulación, muchas veces fraudulenta, ni es aquella una asamblea de tahures de todas las clases sociales, desde la mas alta hasta la mas baja.

Es verdad que ya no es este espectáculo lo que era en otros siglos, y aun durante los primeros veinte y cinco años del actual. Antes este era un espectáculo casi diario y tan público como otro cualquiera. Hoy los ingleses se avergüenzan, á lo menos oficialmente, de él, y la policía persigue á los pugilistas cuando sabe que van á tener un combate, y lo evita si es posible. Pero como la opinion pública es favorable á los gladiadores del puño, la policía los persigue con flojedad, solo por cubrir el expediente; y con tomar algunas pequeñas é insignificantes precauciones, la cosa se lleva á cabo sin gran dificultad y sin interrupcion.

Ya que estamos en estos antecedentes y que pueden Vds. dar por traducido el caldeo y el hebreo con que empecé, vamos á tratar de los pormenores del gran suceso del día.

El Benicia-boy, lo cual interpretado significa: el muchacho de Benicia, pueblo segun creo de la California, es el campeón americano. Es un salvaje yankee, fuerte como un toro, alto y de largos brazos, que no llega á los treinta años de edad, profesor afamado en la ciencia pugilística, y que habiendo vencido á todos sus competidores en el otro hemisferio, se condecora con el título de Campeón de América.

Tom Sayers, y el Tom es una abreviacion de Tomás, por el estilo del Pepe y Curro con que nosotros honramos á nuestros toreros, es un bárbaro que pasa de los cuarenta, de menos estatura que su competidor, pero sumamente ágil, y cuya superioridad, demostrada en cien combates, le ha valido la faja de campeón de Inglaterra, que hasta ahora nadie se habia atrevido á disputarle. En su origen fué albañil; pero ha dejado el oficio para dedicar todo el vigor de su inteligencia al ejercicio del pugilato.

El Benicia-boy, vencidos todos sus adversarios de América, estaba desesperado por no encontrar con quien pelear; pero mas feliz que Alejandro, que sentia no tener nuevos mundos que conquistar porque no los habia, volvió los ojos á nuestro viejo hemisferio, y su orgullo se estremeció al verse en la sombra que le hacia la envidiable reputacion del gran Tom Sayers. La vida se le hacia amarga al considerar que aun existia un héroe no humillado por sus puños formidables, y resolvió perecer en la demanda ó llegar á ser el campeón, no ya de la América, sino del mundo entero.

Envió pues su cartel de desafio al héroe inglés proponiéndole el combate en Inglaterra, y aventurando una suma de consideracion, reunida por el vasto círculo de sus admiradores americanos sobre el éxito de la lucha. Gran sensacion produjo este temerario desafio en el mundo pugilístico inglés; pero Tom Sayers estuvo á la altura de la situacion, y aceptó magnánimamente el desafio, con una sonrisa de compasion que aplaudieron mucho sus parciales.

El Benicia-boy no tardó en cumplir su palabra. Vino á Inglaterra en uno de los vapores trasatlánticos acompañado por varios caballeros favorecedores suyos, y su llegada se anunció por el telégrafo eléctrico á todos los rincones de la Gran Bretaña. Los taquígrafos de los periódicos de Londres salieron con este motivo por tren expreso para Liverpool; y al día siguiente tuvimos los mas minuciosos pormenores sobre el desembarco, sobre el aspecto del héroe, sobre todo lo que habia dicho y hecho desde que puso el pié en territorio enemigo.

La primera diligencia del héroe americano fué tener una entrevista amistosa con su digno rival; entrevista homérica, cuyos pormenores materiales reprodujo la fotografia y luego el buril del grabador, en láminas lujosas, que se ven hoy expuestas en las ventanas de millares de tiendas.

Cumplido este deber de cortesía, cada uno de los dos grandes hombres se retiró á diferentes partes del país para consagrarse á los ejercicios severos y solemnes con que se preparan estas luchas. Cada uno se puso en manos de su *trainer*, es decir, preparador, que constituye un ramo aparte en la ciencia pugilística, porque los deberes del preparador pertenecen al género facultativo, y consisten en vigorizar al combatiente por todos los medios posibles, no solo para que tenga mas probabilidades de vencer al adversario, sino para que

dé mas juego, en provecho de los inteligentes espectadores.

Los ejercicios á que se someten los pugilistas en manos de sus preparadores, son realmente severos. Desde luego se proscribió absolutamente el uso de todo licor estimulante; el pugilista, mientras duran los ejercicios, no prueba vino, ni aguardiente, ni cerveza, ni té, ni café, y abjura de todos los goces que puedan debilitarlo. Come poco y cosas muy sustanciosas. Se levanta con el alba, y lo primero que hace es tomar un baño frio, despues de lo cual da un gran paseo, y cuando la reaccion del agua fria ha producido su efecto, lo desnudan otra vez, y le dan en todo el cuerpo fricciones de aceite. Cuando ha descansado, se ejercita con los maestros en la esgrima de los puños, y luego en dar puñetazos á un muñeco dispuesto con este fin; y terminados los ejercicios diarios, se acuesta al mismo tiempo que las gallinas.

Estos severos ejercicios duran un mes, y en el caso presente, que por su carácter internacional ha excitado un intenso interés en el público, hemos tenido en los periódicos los mas minuciosos pormenores sobre lo que diariamente hacia cada uno de los héroes.

Pero esta inmensa publicidad dada al suceso exigia que por honor de la moralidad inglesa y de los sentimientos de humanidad, de que se hace tanto consumo en este país, se cubriese de alguna manera el expediente, y se hiciese, á lo menos una farsa de persecucion, en que se aparentase querer poner obstáculos al hecho escandaloso. En efecto, un individuo de la cámara de los comunes, en medio de las risas generales interpeló al gobierno, y quiso saber lo que pensaba hacer para impedir una lucha impropia de la civilizacion actual, indigna del siglo XIX, que nos rebaja á los ojos, etc.

El ministro contestó que la policía se encargaria de impedir toda infraccion del orden público.

Al día siguiente se contaba en los clubs y en todas las sociedades, con una fruicion que demostraba lo bien que se comprendia por todos el espíritu genuinamente británico que anima á lord Palmerston, que este al escuchar la interpelacion, se volvió al que tenia al lado y le dijo: « lo que siento es ser ministro y no poder ir á presenciar la lucha. »

La policía hizo perfectamente, y con el mayor decoro, su papel. Prendió al Benicia-boy, y lo llevó ante los magistrados como sospechoso de intentar una cosa contraria al orden público. Los magistrados, con una severidad digna de admiracion, exigieron al héroe una fianza de unas cuantas libras esterlinas, que fueron inmediatamente entregadas por sus amigos, para responder de que no haria nada contrario al orden público; despues de lo cual le devolvieron su dulce libertad, y él volvió á consagrarse sin mas tropiezo á sus ejercicios poco espirituales.

Por fin llegó el gran día esperado con tanta impaciencia, día que hará época en los fastos de esta nacion. Se habia vendido un número inmenso de billetes, á razon de tres libras, ó sea quince duros cada uno; pero á nadie se habia confiado el gran secreto del día y del sitio. Anteanoche, á última hora, se envió una circular á los suscritores proviniéndoles que á las cuatro de la madrugada se encontrasen en tal sitio. Allí los esperaban ciertos agentes, que los condujeron á una estacion de ferro-carril, donde estaban preparados dos enormes trenes, que llevaron á la concurrencia á un punto retirado del condado de Kent.

Llegados al campo de batalla, se formó el círculo, y empezó el combate á las siete y media, durando sobre dos horas, con una multitud de peripecias que no me seria posible explicar á Vds., porque el idioma del pugilato es tan peculiar y extraordinario como el de la tauromaquia, y sus frases pintorescas son para mí tan ininteligibles como todo aquello de: una baja recibiendo, y el volapié, y el crecerse al palo, y la verónica, y otra porcion de cosas misteriosas, que me confunden y me humillan cuando me encuentro en medio de una reunion de eruditos en materia de cuernos. Baste decir que el Benicia-boy derribó al suelo á su rival, con puñetazo limpio, unas veinte veces, y en una ocasion por poco lo ahoga, no se cómo; pero en cambio fué castigado, esta es la frase consagrada, terriblemente por Tom Sayers, y hacia el fin del combate, eran tantos los puñetazos que habia recibido en la region frontal y en las narices, que no solo estaba cubierto de sangre, sino que se le habia hinchado la cabeza al doble de sus proporciones naturales, y la inflamacion de los párpados le habia hecho perder completamente la vista.

Pero bien dicen que el hombre propone y Dios dispone. ¿En qué ha parado este gran combate, despues de tantos preparativos, despues de tanto entusiasmo, despues de tan febril agitacion? En nada. Los jueces del campo declaran que el juego es tablas, y que es preciso renovar el combate cuando los dos héroes se encuentren en disposicion de hacerlo. Entre tanto ambos están en cama, y el uno sigue siendo el campeón de América y el otro de Inglaterra; y mientras no pueden volver á batirse, dolor causa decirlo, el mundo está huérfano, el mundo no tiene campeón.

Consolémonos sin embargo, si en esto cabe consuelo, con lo que el periódico el *Sun* nos decia anoche: que el combate ha sido en toda regla, y que es una de las cosas que mas honran á este país.

No debo olvidarme de hacer justicia á la policía. En cuanto supo lo que pasaba, veinte individuos de ella, con la velocidad del rayo y sin armas por supuesto, se dirigieron al sitio del combate, que presenciaban millares de hombres poseidos del mas frenético entusiasmo. Con un heroísmo digno de mejor éxito, quisieron

poner fin al repugnante espectáculo: pero la oposicion del público lo hizo imposible. Los policíacos reconocieron su impotencia y se resignaron á ser espectadores de la lucha. Sin duda se consolaban interiormente citando los versos del gran poeta nacional: «no toca á los mortales disponer del éxito de sus empresas; pero haremos una cosa mejor, que es merecerlo. »

Así terminó este gran suceso de la historia contemporánea que refiere mi humilde pluma, mientras nace el Alison futuro que consignará sus pormenores en veinte tomos inmortales para enseñanza y asombro de la posteridad. Pero no estaria completo mi modesto cuadro, si no consagrara algunas palabras á describir la situacion de Londres en tan supremos momentos.

Apenas se habian abierto los escritorios y apenas habian empezado á bajar y subir los fondos públicos (porque no me atrevo á meterme en aquellas honduras de: apenas el rubicundo Apolo, etc.), cuando se esparció con la rapidez de la electricidad la noticia de que se estaba efectuando el combate. Habian Vds. de ver, porque no es para describirse, la febril inquietud que se extendió por todas partes. Los negocios se olvidaron, y no se hablaba mas que del suceso. Corrian los rumores mas extraordinarios sobre lo acaecido, como en Bruselas el día en que se dió la batalla de Waterloo. La victoria se atribuía á ambos contendientes alternativamente, y se suscitaban disputas sobre si las costillas rotas eran tres ó cinco, y sobre cual de los héroes era el propietario de dichas costillas.

Por fin el *Standard*, periódico eminentemente conservador y religioso, dió su primera edicion. Todos se avalanzaron á comprarla, buscando con ansiedad la columna en que con letras enormes se encabezaba el párrafo del combate. Pero ¡oh decepcion! Nada sabia, nada tenia que decirnos ese eminente periódico, sino lo que ya sabiamos todos sobre el sitio y hora de la lucha.

Da la una. — ¿Dónde está la segunda edicion del *Times*? — Se ha retrasado para dar cuenta de lo ocurrido. Me lo ha dicho el que me provee de periódicos. ¿Ha estado Vd. en su club? — Sí. — ¿No hay allí ninguna segunda edicion? — Nada todavía. — ¿Qué se dice allí? — Lo que todos sabemos. — Pues digo á Vd. que podemos echar plantas con nuestro incomparable periodismo, con nuestros telégrafos, y á la hora esta nada sabemos de positivo.

Dan las dos. Gracias á Dios, ya respiramos. El *Daily News*, ese gran periódico que lleva la bandera de todos los progresos sociales, ha anticipado su edicion de la tarde, que se llama el *Express*, y nos promete otra: ¿Dónde están las letras gordas? — Vamos, ya sabemos lo ocurrido, gracias á ese gran amigo de las nacionalidades oprimidas.

Pero salgamos á la calle, que ya es de noche. En todas las redacciones carteles inmensos que dicen en grandes letras: «Por honores del gran combate.» En las puertas de los periódicos que tratan especialmente de estas materias, de las cuales hay tres ó cuatro, turbas apiñadas, hablan con insólita turbacion, pidiendo veinte veces mas ejemplares de los que las prensas pueden tirar para satisfacer la demanda. Por todas las calles hombres, mujeres y niños apelando á todo el vigor de sus pulmones y desgarrándonos los tímpanos, para proclamar los nombres de los periódicos que venden, y mezclando en confusa gritería: combate, Tom Sayers, Heenan, porque Heenan, se me habia olvidado consignarlo, es el nombre que tiene en el siglo el Benicia-boy.

En casi todas las ventanas de las tiendas se ve un ciudadano aprovechando el gas para leer el periódico que acaba de adquirir; y en una palabra, si hubiesen desembarcado en Dover los zuavos si se hubiese encerrado en la Torre al príncipe Alberto acusado de alta traicion, si se acabara de recibir la noticia de que el papa se habia vuelto protestante, si Palmerston hubiese proclamado la república una é indivisible, si *fractus illabitur orbis*, — el pueblo de Londres no podria manifestar mas animacion, mas agitacion, mas curiosidad. ¡Feliz yo que he podido ser testigo de estas notables fases de la civilizacion británica! ¡Mas feliz aun si he logrado hacer entrever á Vds. algunos de los pormenores de cuadro tan singular!

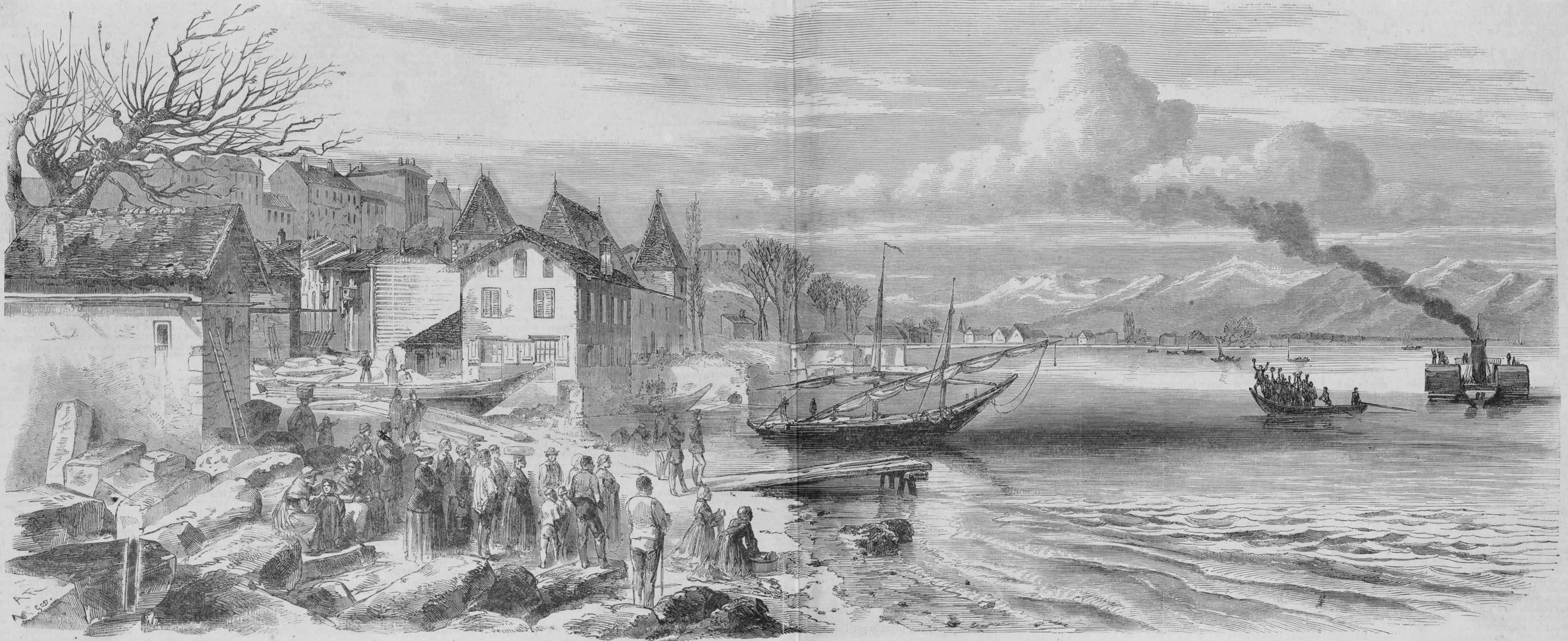
Y ahora que España sabe todo esto, sin duda con su ansia de progreso y civilizacion, se apresurará, segun costumbre, á imitar. Ya tenemos en Madrid circo galístico. *Paula mejora canamus*, y pasemos á las mas sublimes regiones del pugilato inglés.

Saboya.

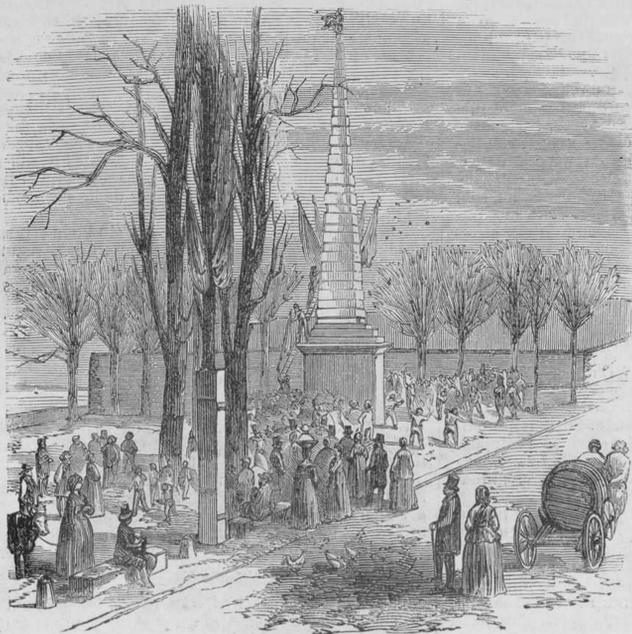
THONON EN EL CHABLAI.

El pueblecillo de Thonon, cabeza de partido, está situado en la costa saboyana del lago Lemán en una posicion encantadora á unos 40 kilómetros Nordeste de Ginevra. El 30 de marzo último los habitantes de esta localidad se conmovieron súbitamente por causa de una invasion inesperada. Algunos insensatos resolvieron apoderarse de Thonon, sin duda con ánimo de sublevar despues toda la Saboya. Esta tentativa debia abortar naturalmente, y sus autores se hallan hoy en manos de la justicia.

La acogida hecha á los invasores por los habitantes de Thonon debió ilustrarles desde luego sobre el éxito del golpe de mano que habian preparado. Los habitantes permanecieron tranquilos, como si no hubiesen comprendido en un principio el objeto de la expedicion.



VISTA DE TONON EN EL LAGO DE GINEVRA. — LLEGADA DE LOS SUIZOS EMBARCADOS EN EL VAPOR EL AGUILA, EL 30 DE MARZO DE 1860.



HABITANTES DE THONON ARRANCANDO LAS BANDERAS SUIZAS.



THONON. — ALDEANOS LEYENDO LA PROCLAMA DEL GOBERNADOR REGENTE DE LA PROVINCIA DE ANNECY, RECOMENDANDO A LOS HABITANTES LA CALMA Y LA MODERACION DESPUES DE LA TENTATIVA DE LOS SUIZOS.



LLAMAMIENTO DE LOS FIELES DE THONON A LOS OFICIOS DEL VIERNES SANTO.

Los revoltosos hicieron su entrada en medio de una indiferencia profunda, se diseminaron por el pueblo profiriendo gritos sediciosos, y pasaron á la plaza del Castillo desplegando la bandera de la Confederación helvética.

Solo entonces los habitantes comenzaron á conmoverse. El grupo de los conquistadores enarboló la bandera suiza sobre la pirámide que adorna la plaza. Esta violencia animó de repente á la población, y los muchachos de Thonon fueron los primeros que comenzaron á silbar ese drama demasiado grotesco. En vista de esto los amotinados pensaron en retirarse.

Sin embargo, los habitantes de Thonon se disponían á reprimir un exceso de tal naturaleza. Se formaron muchos grupos; trajeron escalas, y las banderas suizas fueron arrancadas de la pirámide y llevadas á la casa de ayuntamiento.

La campaña estaba terminada, y los agitadores que habían vuelto á Ginevra eran encerrados en la cárcel.

Una proclama del gobernador regente de la provincia de Annecy, que se pegó en las esquinas de Thonon, recomendaba la calma á sus habitantes y los invitaba á perseverar en los buenos sentimientos de que dieron pruebas el día 30 de marzo.

Para demostrar lo poco que alarmó al pueblo esta locura, añadiremos que los vecinos de Thonon se entregaron á las prácticas religiosas que anteceden á la celebración del día santo. Los muchachos del pueblo recorrían precisamente aquel día las calles de Thonon armados de sus estrepitosas carracas, llamando á la devoción á los fieles y convocándoles al recogimiento y la oración.

X.

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuación.)

Mucho tiempo hacia que no había disfrutado de un banquete igual; todo el prestigio de la posición y de la fortuna, todos los placeres de la vanidad satisfecha no la habían proporcionado una hora semejante.

De todos los homenajes que la habían rodeado, de todas las sonrisas que la habían dirigido, nada la había agradado tanto como la sonrisa y los homenajes de aquellos infelices. Hay felicidades, á Dios gracias, que la riqueza no puede comprar.

Lucy contó á Speranza su visita á Bordighera, y el golpe que había recibido al ver los cambios ocurridos durante su ausencia, hablándole también de su sentimiento al saber que el doctor Antonio no se encontraba allí.

— Mañana hablaremos de eso, dijo Speranza, que había visto cargados de sueño los ojos de Lucy; cuando hayáis descansado bien esta noche. Por ahora os diré únicamente que el doctor Antonio ha vuelto á su país y que allí está, al menos hace dos meses. La señora Eleonora ha recibido una carta suya, y podrá daros noticias de nuestro buen amigo. Hemos oído decir que ha habido en Sicilia una gran revolución, y que él se ha batido valerosamente. También ha habido revolución en Cerdeña, aquí y en Rocabrana. Battista estaba á la cabeza, y va á ser nombrado oficial de la guardia nacional. El comandante de San Remo se ha escapado, y ya no habrá más comandantes, según dicen; y los carabinieri no serán nada en adelante. ¿Ha habido también revolución en vuestro país? preguntó Speranza con el tono de una persona que tiene por seguro lo que pregunta.

— No, gracias á Dios, respondió Lucy.

— ¿No ha habido nada? repuso Speranza con sentimiento. Eso es porque no tenéis comandantes en vuestro país, añadió como si esto lo explicara todo.

De este modo Speranza, mientras desnudaba á Lucy y á pesar de su prudente resolución de dejar la conversación para el otro día, contaba cuanto debía interesar á la vizcondesa.

Ya era algo saber que no se habían perdido las huellas del doctor; así después de haber oído las buenas noches de Speranza, Lucy se durmió y soñó toda la noche con mares azulados, con naranjos y paseos por el jardín de la posada con el doctor Antonio.

Al otro día muy temprano Speranza llevó sus niños á Lucy, dos bonitas niñas rebosando salud llamadas Lucía María y Rosa Lucía, y el niño de los cabellos rubios, Lucio.

— ¿Sabíais que existía el nombre de Lucio? preguntó con orgullo la madre.

— Creo que sí, respondió Lucy.

— Pues yo lo ignoraba, repuso Speranza, y no sabía cómo hacer para darle el nombre que yo quería. Battista pensó llamarle John, pero yo tomé el calendario, y gracias á Dios encontré Lucio...

Y en su alegría al contar su descubrimiento, Speranza se reía mostrando su hermosa dentadura.

Una vez que sacaron á los niños, Speranza se volvió hácia Lucy y la dijo:

— ¡Ah! No podeis figuraros la pena que nos causó vuestra marcha. No os incomodeis por lo que digo, pero fué muy cruel por parte de vuestro hermano el venir á llevarnos de un sitio donde estáis tan bien, y donde todos, jóvenes y viejos, os idolatraban. Nunca olvidaré lo que sentí cuando perdimos el coche de vista. No sabíamos qué hacer. Mi madre se lamentaba y suspiraba á cada instante: Battista estaba todo el día como un pez fuera del agua; y en cuanto al pobre doctor, añadió Speranza meneando tristemente la cabeza,

daba lástima verle ir y venir como un alma en pena... No encontraba sosiego en ninguna parte... Pasaba horas enteras sentado en los sitios desde donde podía distinguir la posada... ¿Quién habría pensado nunca que acabarían así las cosas cuando teníamos la costumbre de veros á los dos, de paseo uno junto á otro, tan jóvenes y tan hermosos, y tan contentos con estar juntos, que parecía que os había hecho Dios el uno para el otro...

Speranza se interrumpió y prosiguió al cabo de un instante:

— Pero ¿de qué sirve afligirnos ahora?... Sin duda era la voluntad de Dios que las cosas fueran mal como han ido; solamente el pobre doctor no ha podido consolarse de vuestra marcha; se cambió en otro hombre. No quiero decir que dejara de ser bueno y caritativo como antes, esto sería mentira; pero se puso muy serio, y nunca se le ocurría nada que decir para hacer reír á los desgraciados. Luego tenía enemigos ocultos en el país, tanto que le vinieron deseos de marcharse.

» Ahora bien; un día, era en 1842, recibí una carta de su país, que le anunciaba la muerte de su madre. El pobre doctor tuvo un dolor tan grande que cayó enfermo, y sin aquel facultativo tan gordo que vino de Niza, ya os acordareis, y le cuidó como un hermano, creo que habría muerto. Por fin se restableció; pero ¡ay, Dios! se habría dicho que era su sombra. El médico inglés se le llevó á Niza, y á poco tiempo el doctor Antonio envió al consejo municipal su dimisión de médico de la parroquia.

» Ya no le volvimos á ver. Mas tarde, una vez que el médico inglés pasó aquí una noche, nos dijo que la madre del doctor Antonio se había arreglado de una manera, no comprendí bien cómo lo hizo, que el gobierno de su país no podía apoderarse de la herencia de su hijo. Después supimos por casualidad que nuestro buen amigo había salido de Niza y que viajaba no se sabe en dónde.

» Vuestra marcha había entristecido ya bastante á Bordighera para nosotros; pero una vez que el doctor Antonio se marchó también, comenzamos á tomar horror á aquella tierra, y decidimos abandonarla igualmente lo más pronto posible. Todo nos había salido bien y habíamos podido ahorrar una crecida suma de dinero. Había como una bendición en todo lo que hicisteis por nosotros. De lejos como de cerca venían á ver la posada donde habían permanecido tanto tiempo el lord inglés con su hermosa hija.

» Casi todos los viajeros procedentes de vuestro país que pasaban por este camino se paraban en nuestra casa y pedían que les contáramos todo lo que hacíais y decíais; nos pagaban generosamente, y á menudo pasaban la noche, porque decían que habíamos aprendido el modo de tratar bien á los ingleses. A todos les queríamos, por causa de vos, bien que ninguno de ellos parecía que os conocía. En suma, ganábamos mucho.

» El amo de la posada de la Posta en Mentone quería retirarse, y muchas veces nos había propuesto su casa; pero no nos atrevíamos á tomarla mientras no tuviéramos comprador para la nuestra. En esto tuvimos suerte. Un viejo marino, que todo el mundo creía perdido, vino de repente á Bordighera después de una ausencia de cuarenta años. Era un hombre á quien le gustaba vivir solo, y como vió que todos sus amigos habían muerto ya, se acabó de decidir á vivir en el campo.

» La posada le agradó porque no estaba en el camino, y así no le fastidiarían los viajeros. Entonces hicimos los dos negocios al mismo tiempo y nos establecimos aquí, donde hemos pasado seis años, siempre deseando volver á ver al ángel enviado del cielo á quien, después de Dios, debemos todo lo que tenemos, y nos ha hecho lo que somos.»

Y la agradecida Speranza tomaba en sus manos callosas las suaves manitas de Lucy y las cubría de besos.

— ¿Pero cómo está hecha un montón de ruinas la posada? preguntó Lucy.

— Por el terremoto de 1844, respondió Speranza; un temblor espantoso. Casi todas las casas de Bordighera y de las cercanías sufrieron más ó menos, aunque ninguna tanto como nuestra pobre posada. Algunos dicen que es porque sus cimientos eran malos. En cuanto al jardín, nadie le ha cuidado hace ya años, y por eso no es de extrañar que se encuentre lleno de yerba. El viejo marino murió un año después del terremoto, y como no ha dejado testamento, ni se le conoce ningún pariente, cerraron la casa y la abandonaron. Battista leyó el otro día en la *Gaceta* un aviso en que se decía que si ningún pariente del último dueño se presentaba para reclamar la propiedad en un tiempo dado, pasaría al dominio de la corona.

Lucy pasó aquel día y la noche siguiente en casa de Speranza, restuelta á llegarse á Taggia al otro día para indagar, por medio de Eleonora, dónde se podría encontrar al doctor Antonio.

No trató de ocultar á su humilde amiga sus vivos deseos de confiarse por segunda vez á los cuidados de Antonio, así como la idea supersticiosa en que estaba de que solo el doctor Antonio podía restablecer su quebrantada salud.

La buena Speranza, que no había dejado de notar la magrura del rostro de Lucy y sus frecuentes accesos de tos, aunque sin dar otras señales de su inquietud que una atención más continua para cuidar á su bienhechora, Speranza aprobó mucho el proyecto, convencida como la vizcondesa del mérito de Antonio.

Además se empeñó en acompañar á Lucy á Taggia.

— Mi madre y Battista cuidarán de los niños y de la

casa, dijo la italiana; ya que estais aquí dejadme aprovechar lo más posible de lo que Dios me envía.

Eleonora no estaba en Taggia; acababa de partir para Génova con sus dos hijos, que habían vuelto del desierto.

Lucy se alegró con esta noticia, y se aumentaron en ella los deseos de ver y felicitar á su antigua amiga.

Speranza también se empeñó en ir á Génova.

El viaje fué hermosísimo; el cielo estaba despejado, el sol caliente y brillante, el mar de un azulado oscuro.

Lucy sentía reanimarse en su interior aquella pasión por lo bello que en otro tiempo había sido para ella la fuente de tantos placeres; aspiraba el aire puro con delicia, y á la vista de aquella naturaleza privilegiada, repasaba en su memoria todas sus sensaciones, todas sus emociones antiguas con el gozo de un avaro que cuenta y recuenta una por una todas las monedas de un tesoro perdido durante mucho tiempo y recién hallado.

Al llegar á Génova Lucy y Cleverton encontró fácilmente á Eleonora; la buena anciana tendió los brazos á su amiga sin articular una sola palabra.

¿Qué de pensamientos se agolparon en el alma de cada una de ellas en el rato que estuvieron abrazadas!

Lucy habló la primera:

— ¿No os dije yo que un día ú otro volveríais á ver á vuestros queridos hijos?

— ¡Dios os bendiga por vuestro buen corazón! respondió la italiana; ¡Dios ha querido oír vuestras súplicas haciéndome la más dichosa de todas las madres!

Speranza tuvo una buena parte en las caricias de Eleonora.

Ciertamente si los ángeles lloran á veces de ternura, estamos seguros de que en aquel momento derramaban abundantes lágrimas.

Eleonora tenía poco que añadir á las noticias que ya había dado Speranza acerca del doctor Antonio, y lo poco que sabía no era propio para animar á Lucy.

Desde que Antonio había regresado á su país, la buena anciana no había recibido más que una carta de su amigo el siciliano.

Enseñó esta carta á Lucy; estaba fechada en Palermo el 1º de febrero de 1848, y daba cuenta de la lucha ocurrida entre las tropas del rey y el partido popular.

El doctor había escrito evidentemente en los primeros momentos de embriaguez después de una victoria que había costado muy cara.

Hé aquí su último párrafo:

«A Dios gracias he tenido la suerte de derramar algunas gotas de sangre por la causa de mi país; una bala napolitana medio fría me hirió en el hombro derecho: no es nada, pues como veis, no me impide hacer uso de mi brazo. Os hablo de esto para que no tengáis cuidado si por casualidad veis mi nombre en la lista de los heridos. Os escribiré más dentro de poco.»

— ¿Y no habeis tenido más noticias? preguntó Lucy estremeciéndose.

Eleonora contestó que no.

— Entonces su herida era más grave de lo que pensó, pues en otro caso hubiera cumplido su promesa. Preciso es que se halle enfermo; tanto que...

Y dando rienda suelta á su imaginación, Lucy vió á su querido amigo enfermo, solo, sin socorros, quizá moribundo.

Al instante resolvió ir á Nápoles, pasando por Palermo para encontrarse con él.

Bajo este concepto escribió inmediatamente á su padre para que fuera á Nápoles, añadiendo que si por casualidad no estaba ella en Nápoles cuando él llegara, encontraría en la embajada inglesa noticias ulteriores sobre su itinerario.

Escribió también á su compañera de viaje que la esperaba en Niza, que acudiera á Génova, y tres días después nuestra delicada Lucy se hallaba a bordo de un vapor con destino á Nápoles.

Eleonora y Speranza la acompañaron hasta el momento de su embarque consolándola y animándola.

La separación fué triste, sobre todo con Speranza, que no quiso soltar el vestido de su querida padrona antes de haberla arrancado la promesa de que la llamaría si alguna vez la necesitaba.

XXII.

NÁPOLES.

El sentimiento nacional que desde el advenimiento de Pio IX y las primeras reformas acordadas por él se había desarrollado lentamente, pero sin interrupción en toda Italia, no se había elevado tanto en ninguna parte como en Nápoles y en Sicilia.

Pero en tanto que en Roma, en Toscana y en el Piemonte las peticiones de reforma mas numerosas cada día se encontraban hostiles á los poderes, y eran acogidas hasta cierto punto, el caso era muy diferente en Nápoles y en la Sicilia. Aquí por el contrario se había formado en batalla una oposición contraria á todo progreso, y mas de una vez los gritos leales de ¡Viva Pio IX! ¡Viva Fernando II y la Reforma! habían sido acogidos con descargas de fusilería y seguidos de prisiones.

La Sicilia, exasperada hasta lo sumo, la Sicilia cuya moderación, largos padecimientos y fidelidad se habían desconocido, resolvió por fin arrancar á viva fuerza lo que sus peticiones no habían podido obtener hasta entonces. Caballeresca en su infortunio, fijó á su rey un día hasta el cual esperaría el resultado de sus últimas invocaciones á la justicia.

Si el monarca dejaba pasar ese día, entonces apelaría á la *ultima ratio*, que lo mismo es de los pueblos que de los reyes.

Como es fácil adivinar, este llamamiento fué tratado con la indiferencia ordinaria, y la Sicilia, fiel á su palabra, tomó las armas. Palermo dió la señal, y á la hora fijada estaba en insurrección.

Esta noticia puso en conmoción á Nápoles. Fué como un fósforo encendido arrojado en un fuego encubierto. Miles de hombres se precipitaron en la calle de Toledo y en la plaza del Palacio Real.

A decir verdad, no estaban armados y sus gritos pacíficos eran estos: ¡Viva el rey! ¡Viva la Constitución! pero su actitud dejaba adivinar los sentimientos que les agitaban.

Las escarapelas tricolores asomaban como por encanto en todos los sombreros.

Llega un momento en que la bayoneta y el cañón no tienen fuerza contra lo que parece ser una multitud sin armas y sin defensa.

Una vez que se ha encendido la sangre del pueblo, con los brazos y las manos hay bastante para destruir murallas y desafiar el fuego de los cañones. La historia moderna desde la destrucción de la Bastilla abunda en estos ejemplos.

Se tocaba á una crisis semejante; y si pasó sin efusión de sangre, debe atribuirse solo á que el generoso general Roberti, el valiente y honrado comandante del castillo, se negó á bombardear la ciudad. Antes que cumplir tal orden, prefirió dar su dimisión.

Todo esto tenía lugar en la mañana triste y sombría del 27 de enero de 1848.

El rey, encontrándose en una alternativa embarazosa, llamó en su derredor á la mayor parte de los hombres eminentes en quienes tenía confianza.

El conde Stadella, comandante en jefe de Nápoles, y el general Filangieri se contaban en el número de los llamados.

Todos respondieron unánimes al rey aconsejándole que cambiara su ministerio sin tardanza y diera una constitución.

En consecuencia de esto el gabinete fué disuelto, y su representante principal, el héroe de Bosco y de Catana, Carretto, tuvo que pasar á bordo de un buque del Estado.

El ministro en desgracia, perseguido por las maldiciones de sus conciudadanos y acogido por las exageraciones de Génova y de Liorna donde tenía que parar el buque, se apresuró á llegar á Marsella.

El destierro de Carretto fué un acto de justicia tardía y de justicia poco severa si se compara con su crimen.

Por fin se daba oídos al clamor general del pueblo; se prometió una constitución que pocos días después fué proclamada solemnemente.

Esta constitución se juró con toda solemnidad el 24 de febrero por el rey, los príncipes de la familia real, los nuevos ministros, los principales oficiales del ejército, la magistratura y los demás funcionarios elevados del reino.

Pocos días después se promulgó la ley electoral, y quedó convocado el Parlamento para el 1º de mayo.

Está en la naturaleza de las cosas que aquellos que se encuentran á la cabeza de los negocios en los tiempos de grande agitación, no logran jamás satisfacer á ningún partido.

Lo que ha existido cayó, y lo que debe existir no subsiste todavía. Se esperan maravillas tales, que no es de extrañar que los hombres que manejan el timón del Estado no logren realizarlas, y forzosamente se encuentran con que no han sabido llenar su cometido.

Ahora bien; los nuevos ministros no eran una excepción de la regla. Por todas partes les censuraban porque no resolvían inmediatamente la cuestión siciliana, el nudo gordiano de la situación, porque no daban á su política un carácter más decidido, porque no adoptaban los tres colores nacionales, etc., etc.

En una palabra, el gabinete nada sabía hacer por una consecuencia fatal de la situación en que se hallaba colocado, y se hizo en breve tan impopular, que el mejor partido que podía tomar era el de retirarse.

El advenimiento del nuevo gobierno, llamado por la fecha de su formación el ministerio del 6 de marzo, fué saludado con un grito de alegría inmensa y general.

Tal era el estado de las cosas cuando á fines de marzo Lucy llegó á Nápoles.

La animación, el tumulto de la ciudad, las demostraciones de alegría generales en todas las clases de la sociedad, pues hasta los lazzaroni eran entonces adoradores de la libertad, todo esto habría suministrado á nuestra heroína larga materia de observación, si otras ideas y otros cuidados no la hubieran tenido ocupada exclusivamente.

Los dueños del hotel de la calle de Toledo, donde paró lady Cleverton, abrieron tamaños ojos y se sonrieron de sorpresa cuando recibieron la orden de visar para Palermo el pasaporte de la noble dama y de su comitiva.

— Quizá milady no sabe, la dijeron, que Palermo estaba en insurrección y que el desorden había llegado al colmo en la Sicilia.

Milady lo sabía perfectamente, pero estaba decidida á partir, y era preciso hacer lo que pedía.

Un instante después llega á toda prisa M. X..., joven agregado de la embajada inglesa, donde se habían presentado los pasaportes. Este joven que era primo de lord Cleverton y le debía su empleo diplomático, acudía para disuadir á la vizcondesa de hacer lo que él llamaba una locura.

Los dos países se hallaban en guerra abierta, el mar no estaba seguro, había buques napolitanos que cruzaban para impedir que ningún forastero desembarcara en la isla, y sin correr absolutamente un peligro inmediato, lady Cleverton podría encontrarse en un paso muy desagradable.

Lady Cleverton persistía no obstante en su proyecto. — El embajador de S. M. B., continuó el agregado, no podía autorizar á la vizcondesa para que corriera tales peligros. Se susurraba que lord Minto debía llegar dentro de pocos días con arreglos para los sicilianos. Si lady Cleverton persistía realmente en su determinación actual, entonces podría obtener pasaje en el vapor de la marina real.

Lucy no quería comprender que fuesen necesarias tales precauciones para una señora inglesa que viajaba por causa de su salud.

El embajador se presentó en su aposento por la noche y la aconsejó tan fuertemente que adoptara el plan que la había propuesto, que debió ceder, sobre todo por la razón de que no se atrevía á explicarse sobre el motivo que la hacía preferir el aire de Palermo al de Nápoles.

No era seguramente porque tuviese vergüenza de lo que hacía; pues la inducían á buscar á Antonio los motivos más caritativos; pero Lucy tenía ya bastante experiencia en las cosas del mundo para saber que la gente rara vez explica en el sentido favorable las acciones susceptibles de dos interpretaciones; por esto guardó el secreto.

Nuestra vizcondesa halló muy largos y pesados los días siguientes. Nada es más difícil que esperar.

El agregado de la embajada, que en su calidad de primo reclamó el derecho de distraerla, la prodigó las mayores atenciones, proponiéndola paseos y todas las diversiones á la moda.

Lucy no quiso aceptar ninguna diversion; no podía sufrir que la turbaran de aquel modo en sus pensamientos, aunque su carácter suave y agradecido la impidiera decir al joven, que sus esfuerzos, lejos de disminuir la fiebre de su impaciencia, no hacían más que aumentarla.

Un día el joven diplomático llegó más afanoso que de costumbre.

Aun en sus momentos de sosiego parecía que llevaba sobre sus hombros el peso del mundo.

Pero aquel día toda la actividad de su cerebro estaba concentrada en la grave noticia de que al otro día por la noche debía haber en la corte una gran recepción, la primera después del establecimiento del gobierno constitucional.

Era preciso ir, aun cuando no fuera más que por la extrañeza de la cosa.

— ¿Decís que es preciso ir? exclamó lady Cleverton.

— *Per san Gennaro*, como dicen aquí, respondió riendo el agregado, veremos reunidas á todas las celebridades del partido del progreso. ¿Cómo se darán tono en la corte los abogados y los doctores!

— No comprendo, dijo lady Cleverton, por qué un hombre como vos, que en su calidad de inglés, debe saber apreciar las cosas, ridiculiza así las profesiones liberales.

— ¿Y quién en el mundo podría pensar en poner á los médicos y á los legistas napolitanos en la misma línea que ocupan los médicos y los legistas ingleses?

— ¿Por qué no? preguntó Lucy secamente.

— No tomeis un aire tan terrible, respondió el joven sonriendo, aunque en el fondo se hallaba poco satisfecho; á la verdad que no soy más que un eco de la opinión general; no conozco más que de vista á esos señores por quienes teneis tal interés. Felizmente S. E. ha puesto vuestro nombre en la lista de los extranjeros que deben ser presentados mañana; os pido que vayais á fin de que podáis juzgar por vuestros propios ojos.

— Quizá iré, repuso lady Cleverton; no me desagradará ver á hombres cuyos nombres han de figurar en la historia.

El agregado se quedó confuso; no podía comprender las ideas de la viuda de su ilustre pariente.

— Al cabo y al fin, exclamó, todas son lo mismo; las más sensatas se negarian á visitar Pompeya, el Vesubio y San Carlo, pretextando mala salud y falta de fuerzas, y en hablandolas de un baile en la corte irían aunque estuvieran moribundas.

Las previsiones del diplomático no debían realizarse.

Cuando lady Cleverton llegó al círculo real, vió que cada persona y cada cosa tenían el aire que tienen generalmente en esas grandes ocasiones.

Hasta era imposible decir que la ausencia del blason se hiciera sentir en la asamblea.

Quizá por causa de la introducción de nuevos elementos se podía notar más animación que de costumbre; pero en todo caso había menos seriedad y menos fastidio.

Si algunas veces se prescindió de la etiqueta, el ejemplo fué dado por el rey que recorría todos los grupos, dando apretones de manos y hablando á todo el mundo con afabilidad, en una palabra, desempeñando al natural su papel de rey ciudadano.

Vestia simplemente de frac negro, y sin la banda de San Genaro que llevaba y la deferencia que le mostraban todos, se le habría podido tomar por uno de los convidados.

Lady Cleverton le admiró sinceramente.

Todo lo que había oído decir contra Fernando y contra su raza estaba olvidado en aquel momento, y las sombras que sembraban en la regia frente los malos precedentes, desaparecían en la aureola de popularidad

que rodeaba á sus ojos al príncipe de la reforma, al príncipe que había cedido á la opinión pública y había escuchado las súplicas de su pueblo; ¿no merecía este las bendiciones y el amor de todos sus súbditos?

Pero el joven agregado que se había atribuido el papel de cicerone cerca de Lucy, no la podía dejar que se entregara á sus reflexiones.

— ¿Veis allí, la dijo, esos dos que llevan en medio al rey? El de la izquierda es Bozzelli, el ministro del Interior, un refugiado hace poco tiempo, y el otro es Carlo Poerio, el ministro de la Instrucción pública; todo lo que se sabe de ellos es que los dos son abogados, y tienen en su favor el haber estado encarcelados repetidas veces por crímenes políticos que jamás se han podido probar. Hoy hacen furor en Nápoles, y están considerados como los principales jefes del gabinete.

El personaje á quien el agregado llamaba Poerio llamó sobremanera la atención de Lucy. Tenía la frente ancha y hermosa que tanto había admirado en el doctor Antonio: tenía sus ojos, su mirada, y unos labios delgados y comprimidos, que son indicios seguros de una voluntad indómita.

— El que está allí junto á la ventana de enfrente, dijo el inglés bajando la voz con mucho respeto, es el hermano del rey, S. A. R. el conde de Siracusa, antes virey de Sicilia. No sé con quién está hablando, es una figura que no conozco; algún advenedizo sin duda.

Lucy no pudo contener un estremecimiento violento; se puso encendida como la grana, y un sudor repentino bañó su frente.

— ¿Qué teneis? exclamó el joven; ¿os sentís indispuesta?

— No es nada, un vahido.

— ¿Deseáis salir? es sin duda el calor de estos salones.

— Probablemente, respondió Lucy con voz trémula.

Por fortuna para la vizcondesa, el embajador inglés se llegó á ella, y el agregado hizo un profundo saludo sin otro comentario.

El embajador estaba desolado, porque tenía motivos para creer que la misión de lord Minto en Sicilia no se verificaría tan pronto como se había pensado. Habían surgido nuevas complicaciones.

Lady Cleverton recibió esta noticia con mucha frialdad; no la importaba esperar un poco, y hasta podía suceder que renunciara enteramente á su plan.

El embajador era hombre de bastante mundo para hacer otra cosa que alzar los ojos á esta declaración inesperada. Cuando se había tomado interés en aquel asunto, casi se veía despedido sin que le dijeran gracias.

Después de haber pronunciado algunas frases insignificantes, S. E. hizo una serie de saludos, y por fin Lucy se quedó entregada á sí misma.

El compañero del conde de Siracusa era un hombre alto, de cabello y ojos negros, que á primera vista apenas parecía tener treinta años; su fisonomía tenía un aire pensativo, su postura noble y elegante; en una palabra, el aire, la sonrisa y las facciones del doctor Antonio.

En vez de su larga barba llevaba en la actualidad grandes bigotes; y salvo esta ligera diferencia y una palidez más pronunciada que en otro tiempo, en nada había cambiado; parecía tan joven y hermoso como ocho años antes.

Como el rey se dirigía hacia donde estaban, el conde y Antonio se alejaron de la ventana y se acercaron á S. M.

Fernando se detuvo para decir algunas palabras á su hermano, y luego tomando de repente el brazo de Antonio prosiguió su paseo.

Lucy no había perdido ninguno de los detalles de esta escena, y menos seguramente el brillo repentino de aquellos ojos tan conocidos cuando se encontraron con los suyos, y el vivo encarnado que iluminó el pálido rostro del doctor.

¿Qué sentimiento movió entonces á la vizcondesa á volver la cabeza y á ocultarse detrás de otras señoras? ¿Era la confusión de encontrarse en presencia de una persona augusta, ó temía no parecerse á lo que era en otro tiempo? Apenas ella misma lo sabía. El movimiento había sido mecánico, instantáneo, irresistible y la agitación de su corazón era demasiado grande para que pudiese analizar entonces los secretos motivos de su acción.

Media hora pasó, durante la cual Lucy volvió más de una vez los ojos hacia la puerta por donde habían desaparecido el rey y el doctor Antonio.

Cuántas veces veía asomar por esa puerta hombres de cabello negro y con bigotes; su corazón latía violentamente... Por fin le ve llegar; no con precipitación, sino con ese paso tranquilo que le conocemos; se muestra con tanta sencillez en medio de su nueva fortuna como en otro tiempo, cuando siendo un pobre médico de aldea iba á visitar á sus humildes enfermos de Bordighera.

(Se continuará.)

Pinturas musulmanas.

M. Schefer, profesor en la Escuela de lenguas orientales vivas, posee un curioso manuscrito árabe cargado de ornatos, viñetas y figuras que tenemos á la vista, y entre las muchas miniaturas de esta hermosa obra, hemos elegido para reproducirlas aquí dos asuntos que se titulan: *Un mercado de esclavos* y *Un entierro árabe*, pensando que el lector verá con algún interés estas dos muestras del arte de la pintura entre los musulmanes.

Es opinión general que los mahometanos sometidos á su fe religiosa, no se han permitido en ningún tiem-

Las representaciones de la Divinidad, del hombre, y aun de los animales; esta opinion hace que ya nadie se pregunte porqué los pueblos sometidos al islamismo no nos han dejado ningun monumento de pintura y de escultura; las palabras del profeta sobre este punto se citan por todas partes: «¡Ay de aquel que haya pintado un ser vivo! dijo Mahoma á sus discípulos. En el día del juicio final los personajes que haya pintado acudirán á pedirle un alma, y entonces ese hombre impotente para dar la vida á su obra, arderá en las llamas eternas.» Y otra vez añadió: «Dios me ha enviado contra tres clases de hombres para aniquilarlos y confundirlos: contra los orgullosos, los politeistas y los pintores. Guardaos pues de representar al Señor y al hombre, y no pinteis mas que árboles, flores y objetos inanimados.»

Tal es el texto del legislador; su voluntad era incontestable y estaba fuera de toda discusion; sin embargo, no fué ejecutada al pié de la letra; sucedió con ella como con otras; pues preciso es decir que esa sumision ciega que se atribuye al islamismo se sublevó mas de una vez contra la ley del profeta, y los doscientos setenta y dos cismas religiosos que cuentan los musulmanes, admiran ó rechazan á su antojo todo lo que en el Coran está ó no está de acuerdo con sus miras políticas, sus instintos y aun sus gustos.

Mahoma habia prohibido el uso de los vasos de oro y de plata, é incurria en la maldicion el que hiciera uso de ellos. Y sin embargo, sabido es el lujo prodigioso de vasijas de metales preciosos que se ostentaba en los palacios de los emires y de los sultanes. El lujo del Oriente ha llegado á ser proverbial. «No hareis oracion en una iglesia donde haya rezado un cristiano,» dijo el profeta. Y no obstante, ¡cuántas iglesias cristianas no fueron convertidas en mezquitas por los árabes vencedores en Damasco, en Egipto, en Efeso y aun en Jerusalem! ¿Qué es pues Santa Sofía, hoy el primer templo del culto musulman? ¿no es la iglesia que habia elevado Justiniano á la Sabiduría divina, y en la cual habian resonado durante mas de mil años los cánticos cristianos y las alabanzas del Dios tres veces santo? Encuanto á los reglamentos que condenaban el uso del vino y las bebidas fermentadas, solo los observaron los pobres. Las prescripciones del profeta respecto á las representaciones figuradas, no fueron seguidas con mas sumision; el empleo de imágenes y figuras humanas fué mas frecuente de lo que se cree; así se ve en las vasijas de tierra cocida y de laton, en las lámparas, en las obras esculpidas de madera y de marfil; mas aun, en ciertas épocas de su historia, los árabes tuvieron muchos pintores de mérito, y en varias ciudades de Oriente se formaron verdaderas escuelas de pintura. El arte cobró importancia; tuvo historiadores, y uno de los escritores mas fecundos y estimados de la literatura oriental, Macrizy, nos dice que habia compuesto él



PINTURAS MUSULMANAS COPIADAS DE UN MANUSCRITO DEL SIGLO XIII. — Un mercado de esclavos.

una biografía de los pintores musulmanes. Por desgracia la obra de Macrizy no ha llegado á nosotros, y solo á fuerza de investigaciones podemos establecer algunos de los hechos de esa importante historia de un arte perdido en nuestros dias, y que parece haber estado muy floreciente en el siglo XI. Uno de los hechos mas curiosos es el que cita este autor hablando de un poderoso visir llamado Yazuri, que vivia en el Cairo por los años 1050 de nuestra era.

Este visir era uno de esos ricos señores musulmanes que se mostraba muy pródigo con los artistas de su tiempo; entre los gramáticos, los poetas, los teólogos, los narradores de *Makama* y los cantores que formaban en su derredor una corte de letrados, artistas y sabios,

se distinguian dos pintores célebres, el uno que habia llegado de Bassorah y el otro del Irak; el primero se llamaba Ebn-Aziz y el segundo Kasir: ambos estaban encargados de embellecer con sus obras los aposentos del palacio del visir, y en uno de los pabellones del jardin Kasir habia pintado una bailarina cuyos blancos vestidos se destacaban sobre un fondo negro, figura que por el efecto de la perspectiva parecia se alejaba del espectador, como abriéndose paso por la pared en donde estaba pintada. Esto picó á Ebn-Aziz, que por el contrario pintó otra bailarina envuelta en sus velos rojos; el fondo del cuadro era amarillo, y por un efecto opuesto al de la obra de Kasir, esta segunda bailarina tenia un relieve tal, que parecia que se abalanzaba sobre el espectador.

Sin duda alguna se debe tener en cuenta la exageracion del autor, pues no es posible creer que esas pinturas árabes del siglo XI tuviesen semejante habilidad de perspectiva; pero sin embargo, no se puede negar á los pintores musulmanes de esa época cierta destreza de mecanismo que hasta mucho despues no se encuentra en las pinturas bizantinas é italianas.

Despues de los pintores elogiados por Macrizy, apenas podemos citar mas que los nombres de un tal Abu-Bekre-Mohamed, hijo de Hassan, que murió por los años 975 de nuestra era; de Ahmed-ben-Yussuf, que fué apellidado el pintor; de Mohamed-ben-Mohamed, que apellidaron del mismo modo; y en fin de un artista célebre mas próximo á nuestra época que todos estos, y cuya reputacion ha subsistido durante largo tiempo en Oriente.

Era el pintor favorito de Tamerlan, se llamaba Abd-Alhy y era de Bagdad; en los vastos palacios de Samarkand habia representado las grandes acciones de Timur, las batallas, los hechos gloriosos de ese brillante reinado; Abd-Alhy hizo los retratos de toda la familia de Tamerlan y de sus generales. Esta costumbre de recordar así por medio de la pintura las grandes acciones de un soberano se ha perpetuado tambien entre los persas.

Aun en el dia se puede ver en una especie de museo fundado hace algunos años en Constantinopla, cómo se han ido separando los turcos de las prohibiciones del profeta acerca de las representaciones humanas, puesto que se conservan preciosamente algunos retratos de sultanes; pero de toda esa pintura musulmana entre los árabes, los persas y los turcos, el tiempo no nos ha conservado nada, excepto algunos manuscritos preciosos cubiertos de viñetas que apenas bastan para hacernos comprender lo que debia ser el arte entre los musulmanes de la edad media. H. L.



UNA CEREMONIA FUNEBRE.

Viaje

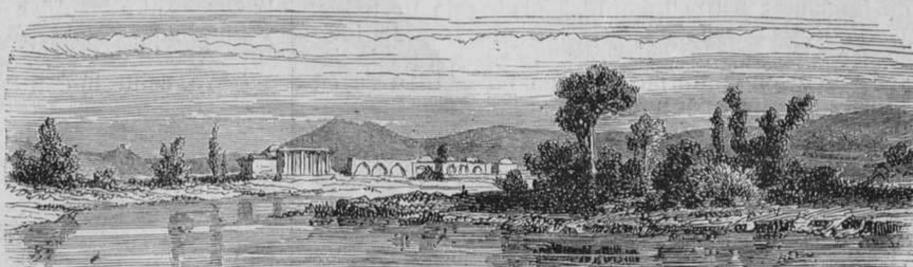
DE LA MISION FRANCESA Á PERSIA.

Ofrecemos á nuestros lectores nuevos dibujos de M. Duhouset, que forma parte de la mision francesa en Persia.

En Persia como en los demás pai-



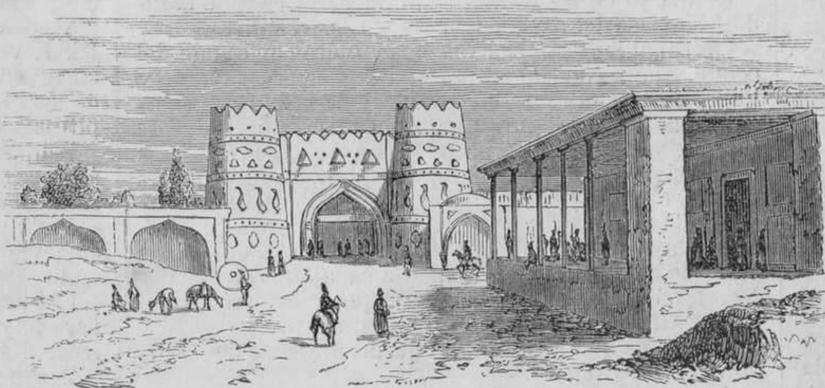
MARCHAKAR EN EL CAMINO DE ISPAHAN.



VISTA TOMADA EN ISPAHAN.



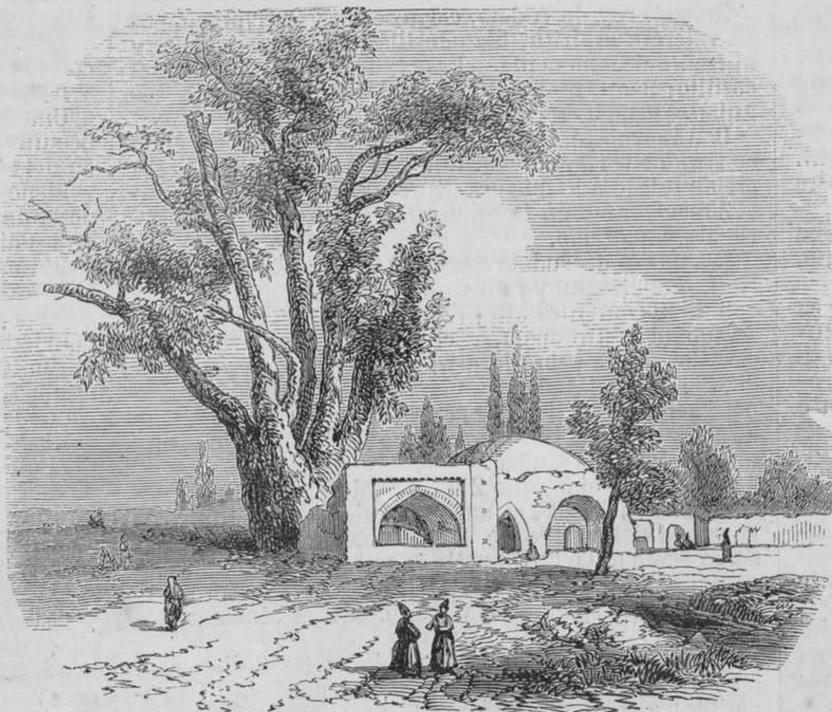
HALCONERO DE ISPAHAN.



PUERTA Y PUESTO MILITAR EN ISPAHAN.



AFGHAN DE KANDAHAR.



PEQUEÑA MEZQUITA Y ARBOL GIGANTESCO EN LAS CERCANIAS DE ISPAHAN.



MAN-DJUMA EN ISPAHAN.



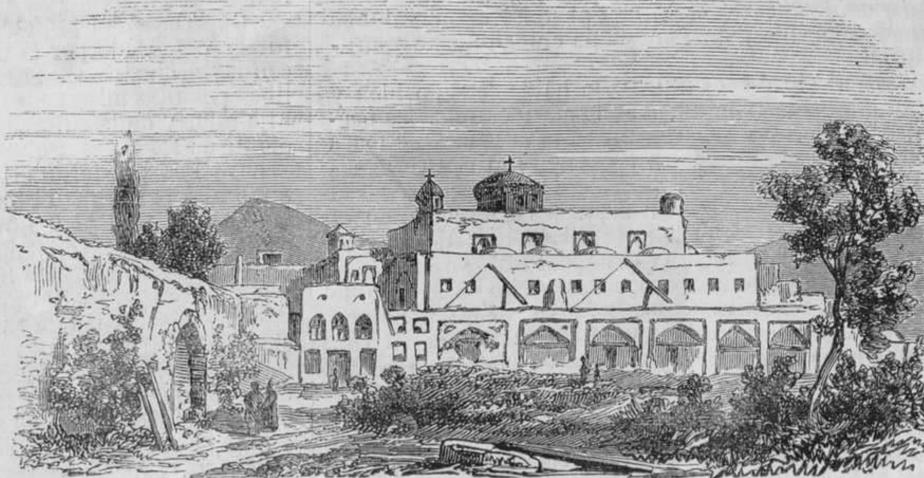
PUERTA DE MEIDAN EN ZENGAN.



ARMENIA DE TAURIS.



IMAN SADE KASSEM, A TRES LEGUAS DE TEHERAN.



CONVENTO DE LOS CATÓLICOS ROMANOS EN ISPAHAN.

ses, no siempre hay incidentes nuevos que den motivos á ilustraciones; pero cuanto mas lejano está un país y mas difíciles son las comunicaciones, mas importa tambien dar á conocer los paisajes y los tipos, á fin de llamar la atención de un público que no se interesa en realidad mas que en aquello de que le hablan incesantemente.

M. Duhousset anuncia para fines de año interesantes ceremonias públicas, cuyo relato ilustrado debe representar con una nueva luz los usos y costumbres de esas comarcas tan poco conocidas; esperamos con impaciencia los documentos prometidos, limitándonos hoy á los letreros que explican suficientemente nuestros dibujos.

X.

LA VIRGEN DE LAS AZUCENAS,

LEYENDA HISTORICA DEL SIGLO XII

POR DON JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

(Continuación.)

» Pasaron las semanas y los meses: mucho tiempo luché en vano. En todas partes lo oía, en todas partes lo veían mis ojos infelices, y queriendo arrancar del corazón su imagen, abandoné el suelo de la patria.

» Me fui con Abenjerard al Africa; atravesé el desierto; visité el templo de la Caaba, buscando el amparo del Dios de los fieles.

» Mucho tiempo viví extranjera, mirando al través de mis lágrimas cruzar las nubes del espacio de Siria á la parda golondrina; yo la bendecía envidiosa, pensando en el cielo de la patria.

» ¡Ay! Al fin no pude mas: volví á Tudela á llorar sobre la tumba de mi madre, donde la mano de Dios me ha traído á morir.

» ¡Ay, Benjamin!... sobre la piedra misma de su sepulcro santo he escuchado la voz del cristiano; mis ojos han visto su imagen, que tengo como un dardo clavada en las entrañas, acabándome la existencia.

» ¡Pronto se cerrarán mis ojos, Benjamin, pronto!... pero en esta lucha terrible, mi alma está pura, pura como en los primeros años de la vida.

» Su flor la marchitó la ingratitud, pero no la ha manchado el vicio, ni la deshojará nunca el delito, nunca...»

Acabadas estas palabras, deshecha en un torrente de lágrimas, bajó Zaida la cabeza y selló los labios, cubierta de palidez y de vergüenza.

— Nieta de reyes, le respondió Benjamin con amoroso acento; tu mal es grande, muy grande, superior á los remedios de la ciencia; pero te curaré...

— ¿Tú? dijo la mora sonriéndose amargamente.

— Sí, respondió el judío, yo curaré tu corazón de ángel; necesito para ello darle reposo á tu cuerpo extenuado por la cavilación y el dolor: ¿me juras obedecer mi voluntad, Zaida, mi querida hija?

— Sí, te lo juro, contestó la mora, como quien se resigna á un gran sacrificio.

— Pues bebe, le dijo Benjamin, dándole un frasquito de oro que sacó de su bolsa médica, y que contenía una sustancia trasparente y olorosa como la esencia de las almendras.

Apenas la habia bebido, cuando cayó la mora sepultada en un profundo sueño.

Entonces Benjamin colocó perfectamente su cabeza sobre el almohadon azul bordado de oro, y con la tranquilidad del saber profundo, salió de la sala diciéndole á Abenjerard:

— Déjala dormir; no te acerques al lecho de Zaida; hace dos meses que no cierra los ojos al sueño; es necesario que duerma... Cuando el sol señale la mitad del día volveré á visitarla.

— La vida de Zaida es mi vida, respondió Abenjerard; cúbala, y te daré todo mi tesoro, si le necesitas.

— La salvaré, respondió el judío, retirándose pensativo de la sala árabe y saliendo tan misteriosamente como habia entrado en la torre de los Albazares.

II.

Cuando Don Alonso Sanchez el Batallador, desesperado de las desgracias domésticas, buscaba distracción á su pena en los sangrientos y azarosos lances de la guerra al frente de su ejército y de los caballeros de Navarra, Aragon y Francia, cayó sobre Zaragoza, con animo de arrancarle la corona al moro que dominaba lleno de soberbia y osadía aquella ciudad fuerte y antiquísima.

Estaba al pié de los muros, la habia cercado bien y se trataba ya de la mina, cuando algunos soldados prudentes y valerosos hicieron presente al rey, que todos los trabajos serian perdidos y el cerco inútil, si ante todo no se conquistaba á Tudela, ciudad fuerte, rodeada de triples murallas, defendida por los catorce baluartes de sus siete puertas, por multitud de torres y por su inexpugnable castillo de la orilla del Ebro, que levantándose con defensas nunca vistas en lo escarpado de la montaña, se comunicaba con las demás fortificaciones de los pueblos vecinos y de las márgenes del río, protegiendo de este modo fácilmente las grandes embarcaciones que con toda clase de refuerzos de armas y vituallas se dirigian á Zaragoza.

El rey Don Alonso Sanchez comprendió la justicia de aquellas razones y el gran acierto del guerrero Centullo de Bigorra, que fué el primero que habló, y que por sus años era de grande experiencia.

Fueron tan á tiempo sus observaciones, que el Batallador decidió cambiar al punto el sistema de guerra, y reuniendo á sus capitanes, les preguntó:

— ¿Quién desea ir á tomar á Tudela?

— Yo, contestó don Rotron, conde de Pertica.

— ¿Qué quieres para rendirla?

— Setecientos caballos, setecientos peones, y cartas para que los castillos de Arguedas, Valtierra, Milagro, el Valle de Funes, Corella y Cintruénigo, me den el auxilio que necesite...

El rey reflexionó algunos momentos, y le dió al conde los caballeros, los peones y las cartas.

Don Rotron salió á la conquista de Tudela, ciudad guarnecida por moros valientes, que hacia cerca de cuatrocientos años tenian la tierra sin que nadie los hubiera vencido.

Estaba ya en las fronteras de Navarra, cuando mandó los avisos del rey á las villas y á los castillos.

Los caballeros con sus vasallos vinieron en ayuda del conde, que reconoció en persona la tierra del moro, y hallándola sembrada de olivares y de bosques, consideró que lo mas seguro para vencer seria un ardid de guerra, y con esta idea preparó una emboscada.

Volvió á su campo, y despues que las gentes de las villas y castillos, acaudilladas de sus nobles, se ocultaron en los olivares y bosques, adelantándose á su abrigo hasta los límites de la ciudad de Tudela, dos horas antes de amanecer, con cincuenta caballeros en buenos corceles árabes, salió á talar y saquear los ricos campos de Albea. ¡Qué hermosa escaramuza!...

Los moros que lo vieron desde las almenas del castillo, tocaron á rebato.

Como enjambres de abispas salian por las puertas de la ciudad á vengar el daño de aquellos audaces cristianos.

Zimael, rey de Tudela, ciego de ira y precipitado por su valeroso espíritu, hizo ensillar su yegua blanca, y al frente de cincuenta jekes, salió por la puerta del castillo; Bem-Abi-Amer y Abu-Becri-bem-Hebat le seguian. ¡Estaba escrito!

Don Rotron se retiraba, como quien teme, soltando con industria las presas que habia hecho. Los moros creian miedo á lo que era astuta maña.

Zimael, como un tigre, arremetió á los cristianos hiriendo y matando.

Los moros de Tudela cercaban los jinetes de don Rotron, que estaban ya muy alejados de la ciudad.

Don Rotron hizo alto, llamó las emboscadas con el sonido de la trompeta, y enristrando su lanza, cayó como el águila sobre la gente de Zimael, que espantado, abrió los ojos al peligro y volvió la cabeza á Tudela para verla acometida por grupos de peones, que los de á caballo habian llevado á las abandonadas e indefensas puertas de la ciudad.

— Alá me valga, dijo Zimael, volviendo grupas, herido por la mano del conde, entrando ciego de furor por la rampa del castillo de la orilla del Ebro. La yegua subió como el viento al patio de palacio; tras ella se levantaron los puentes levadizos.

Los moros espantados, vieron desde las almenas volver al rey.

Cuando los jekes quisieron colocar los flecheros en las puertas de la ciudad, ya estaban tomadas, y en poder de los cristianos las murallas y el centro de la población.

¡Cuando Dios dispone, los sucesos son irremediables! Zimael entró en el palacio, que estaba en la cumbre del monte, rodeado de murallas altísimas y defendido de fosos profundos.

Bañado en su propia sangre, cayó desmayado aquel buen caballero en las gradas del trono.

Los califas y capitanes lo rodearon. El rey apenas podía exhalar el aliento; la lanza de don Rotron le habia atravesado el pecho.

El judío Benjamin de Leon, su médico y amigo, reconoció la herida.

— Estaba escrito, poderoso rey de Tudela, le dijo con dolor profundo.

La consternación se pintó en todos los semblantes.

— ¿Debo morir? preguntó Zimael con tristeza.

— Sí, contestó el judío, la herida es incurable.

— Cúmplase la voluntad de Alá misericordioso, exclamo tranquilamente el moro. Que traigan á Noama Aixa.

Los jekes trajeron á Noama Aixa Zimael, descendiente de Zaide Muza Fortuño Zuleiman Yahya Abdelmeleck Ibem Zimael.

«Guerreros del profeta, dijo el rey con acento profundo, debilitado por la pérdida de sangre y luchando con las angustias de la muerte: jurad sobre el santo libro por Dios misericordioso, ser fieles á Noama Aixa, hija mia, y de la sultana Katira Omma, última descendiente de los reyes árabes de Tudela.»

Los jekes prestaron el juramento, rodeando con sus alfanjes á la hermosa niña.

— Alá os proteja y libre de los malditos cristianos, exclamó el rey, volviéndose á sus capitanes; luego, agarrando las manos de Benjamin, que aplicaba bálsamo á la herida, le dijo moribundo:

— Yo salvé la vida á tu padre... huérfano y desgraciado te abrí las puertas de mi palacio... Creciste á mi sombra; te mandé á Oriente, y en Arabia y Siria aprendiste las ciencias...

» Te he dado la mitad de mis tesoros... has sido el amigo de mi alma... con tu consejo he gobernado mis pueblos...

» Voy á morir; ¡Dios tenga misericordia de mí!...

» Te entrego á Noama Aixa, última gota de la sangre

árabe de los reyes de Tudela. En ella acaba la stirpe de Muza. ¡Tal vez nuestro reinado en la tierra!...

» Júrame por tu ley que no la abandonarás nunca; que la amarás como á tu propia hija, y que la salvarás, si los cristianos malditos, vencedores de la ciudad, se apoderan del castillo.»

— Te lo juro por Moisés, dijo el judío arrodillándose delante del rey...

— Gracias, exclamó el moro; gracias, volvió á repetir, alzando los ojos al cielo, y espiró entre las lágrimas de su pueblo.

Los cristianos dieron asalto al castillo. Benjamin, protegido por la oscuridad de la noche, en brazos se llevó á la niña Noama Aixa.

Algunos dias despues, el inexpugnable fuerte de Tudela habia rendido sus soberbias murallas. En la torre de la media luna ondeó la bandera de Navarra.

Tudela era de Don Alonso Sanchez el Batallador: los jekes, y el Alcudi y Alfaque, juraron la capitulación, entregando libremente sus personas y el antiguo solar de los reyes moros. ¡Qué grande y qué justa fué la capitulación que les hizo el rey cristiano!

Benjamin salió fuera de la ciudad; nadie mas volvió á saber de la persona del amigo y médico del rey moro de Tudela.

Viajó por Oriente y Occidente; residió muchos años en Sevilla, y luego en Córdoba; allí crecía Noama Aixa, en la casa del judío, oculta y desconocida de todos.

Era hermosa como la luna, inocente como un ángel; pero hay flores que nacen malditas, condenadas á perecer destrozadas por el huracán.

Porque Dios lo permite todo; Abem-Gamia, rey de Córdoba, sin saber el origen de Noama Aixa, pues ella misma lo desconocia, se enamoró de su belleza.

Abem-Gamia era hermoso; Noama Aixa no habia llegado á la edad de la experiencia.

¿Qué no puede un rey, llenos sus tesoros de riqueza, con la corona sobre las sienes, cuando es señor de vidas y haciendas?...

Una noche se introdujo en la casa de Benjamin. Tarde supo el judío la perfidia. Ya la azucena estaba herida del rayo.

Lleno de desconsuelo, huyó de Córdoba, estableciéndose, desconocido por las desgracias y los años, en uno de los olvidados arrabales de la ciudad de Tudela.

Noama Aixa dió á luz una niña, muriendo de tristeza á los pocos meses.

¡Qué poco brilló en el mundo este lucero!...

El judío Benjamin no pudo soportar la desgracia: enfermó tambien de melancolía, y murió pocas semanas despues, legando á su hijo Benjamin de Leon la historia de los reyes de Tudela y la niña Zaida Zimael, hija de Noama Aixa, nieta de Zimael y de Katira, descendiente de Zimael Fortuño Ibem Muza, última esperanza de la raza mora y mujer del poderoso y temido Abenjerard.

III.

Las gentes de palacio salian de la alcoba de Don Sancho, cuando entraban el canceller don Forton, prior de Santa María, el viejo Benjamin de Leon y el trovador don Teobaldo.

Don Sancho estaba sentado cerca del fuego en su sitial gótico de marfil, apoyando el codo sobre una mesa de nogal incrustada de plata y de riquísimas maderas. Tenia la cabeza descubierta; la melancolía de sus ojos enlutaba su pálido semblante; la barba oscura, larga y espesa le caía rizada sobre la camisa de acero bordada espléndidamente de cruces y de diamantes; el manto real, de color de grana, guarnecido de flores de oro y forrado de pieles de armiño, le envolvía desde los hombros casi todo el cuerpo, dejando asomar únicamente los remates del calzon de hierro, que se adhería al calzado, en que estaba ligado el acicate de plata.

Le adornaban el cuello dos cadenas de esmeraldas, y en la mano izquierda empuñaba el cetro, descansando su remate en la pierna forrada de hierro.

Sobre la mesa, donde á cada momento fijaba los ojos, habia dos pergaminos con cuatro sellos pendientes de cordones de seda encarnada, y con ellos, sirviendo de talisman, un zafiro, en cuya superficie estaban escritos dos versos del Coran, y una pequeña arca engarzada de pedrería, que al sol disputaba sus brillantes rayos, conteniendo esencias orientales.

Estaban los caballeros delante del rey, cuando el prior de Santa María le dijo, temeroso de interrumpir su meditación:

— Dios te guarde, señor.

— Y á vosotros tambien, respondió Don Sancho con la afable benignidad con que trató siempre á sus vasallos.

Y acercándose luego á Benjamin, le dijo pausadamente, fijando en su frente los ojos:

— Estás pálido; hace dias que noto tu tristeza; parece que te preocupa algun asunto grave... me han dicho los alfaques que á deshora de la noche te encuentran solitario fuera de los muros que separan á los cristianos de la gente mora... ¿qué sucede en mi reino?...

— Señor, respondió el judío lleno de turbación, tú conoces mi lealtad; juré serle fiel, y mi vida, mis riquezas y cuanto tengo es tuyo...

El dia que me llamaste á tu servicio, te prometí que mi ciencia solo la emplearia en tu persona y mi familia. He faltado á tu orden. Hay en Tudela una criatura infeliz que crié desde niña; al morir mi padre, me la entregó: le aseguré por la salvación de mi alma, en su última hora, que la miraria siempre como á mi hija:

hoy lucha con la muerte. Hace quince días que mis remedios la tienen dormida, despertándola en los momentos en que se alimenta, para sumergirla de nuevo en el letargo que le da la vida. La infeliz tiene herido el corazón y es necesario salvarla... á media noche hago su curación.

— ¿Quién es la desgraciada? preguntó el rey compadecido, porque las entrañas de Don Sancho eran buenas y piadosas.

— Señor, respondió el judío, es Zaida Zimael la mora, mujer de Abenjerard, hija de Aben Samuel: ¿me perdonas que haya empleado mi saber sin tu permiso en esta infeliz?

— Te perdono, dijo cariñosamente Don Sancho, ¿y curarás á Zaida?

— Sí, respondió el judío: esta mañana di gracias á Dios al ver que mi saber había encontrado el medicamento que la arranca de las garras de la muerte: como el entumecimiento no hace guerra al organismo, la vida germina y Zaida se salvará...

Mientras duraba el diálogo, don Forton leía los pergaminos que Don Sancho le alargó al entrar en la sala. Don Teobaldo, pálido, atento á la relación del judío, á sus últimas palabras, exhaló un profundo suspiro.

Al oír aquella expansión del alma del caballero, el judío fijó los ojos lleno de perspicacia y curiosidad en su cara: con la historia que había oído de los labios de la mora, y observando la palidez del trovador, adivinó en aquel momento lo que pasaba en su ánimo, estremeciéndose á la intensidad de la desgracia de Zaida.

Después de leer don Forton los pergaminos, el rey los puso en manos de Benjamin, diciéndole:

— Estas son las cartas que el poderoso Miramamolín Abu Jacob Jucef, emperador de Africa, me envía: en ellas me ofrece á su hija Kativa Obeidala, la mitad de sus tesoros, las coronas de los muzlimes de España, y ayudarme á las conquistas de las tierras de los reyes de Leon, Castilla y Zaragoza, haciéndome amuminin de los cristianos y muzlimes de España. Sus embajadores están ya en Tarifa, y quiero que tú, acompañado de mis caballeros, vayas á recibirlos y á traerlos á mi reino.

— Señor, respondió el judío, tengo tantos años, que me da miedo morir en el camino, yendo á tan lejana tierra. Casi me parece imposible que hayas puesto en mí los ojos para confiarme asunto tan extraordinario; además, Elide, mi hija, inocente y niña, no tiene quien la guarde y vive huérfana en el mundo...

— Benjamin, le dijo el rey, en mi reino tú solo hablas todas las lenguas; conozco tu prudencia, he probado tu lealtad y sé que el Miramamolín, que te admira, verá con placer que eres el escogido para recibir sus enviados; guarda esos pergaminos; toma mis cartas, para que dos de mis caballeros las lleven á su imperio, y vuelve con sus embajadores; en tu ausencia, Elide vivirá en mi castillo, y por Santa María, te juro que la miraré como si fuera mi propia hija.

— Gracias, señor, respondió el viejo lleno de agradecimiento; cumplo tu voluntad.

Y tomando los pergaminos salía de la sala, cuando Don Sancho le dijo:

— Benjamin, que en tu viaje te acompañe mi trovador don Teobaldo.

Don Teobaldo besó la mano del rey, y junto con don Forton y Benjamin salió del palacio.

IV.

Bajaban taciturnos y silenciosos la rampa del castillo el viejo y el caballero. Benjamin, receloso, quería cerrar los oídos á las preguntas del trovador, que trataba de saber y adivinar lo que el buen judío no deseaba decirle. Ni el uno ni el otro fijaban la atención en el camino, marchando maquinalmente por la calle que los llevaba delante de Santa María Magdalena, á cuyo frente vivía Benjamin.

Don Teobaldo rompió el silencio.

— Benjamin, le dijo, tú tienes un buen corazón, jamás lo has cerrado al clamor del desgraciado; necesito tu amparo...

— A la humanidad no puedo ampararla sino con mi ciencia y el oro de mis arcas; ¿lo necesitas? respondió secamente el judío.

Era inútil todo ruego y toda pregunta. Al hombre de ochenta años, sin pasiones, que prevenido cierra el alma, no hay que pedirle ni explicación, ni amparo. Mas fácil es hallar abrigo en el seno de los pedernales.

— No, dijo don Teobaldo con acritud, me hace falta la muerte.

El viejo bajó la cabeza, como quien dice: « pronto llegue; » y haciendo un gesto de impaciencia, ni volvió á hablar, ni levantó los ojos del suelo hasta llegar á la puerta de su casa.

— Mañana, al rayar el día, saldremos para Tarifa á traer los embajadores, dijo á don Teobaldo despidiéndose.

— Mañana saldremos, contestó el joven, tendiendo su mano al judío, que la estrechó compasivo...

Benjamin entró en su casa; don Teobaldo torció la calle arriba, dirigiendo sus pasos á la torre de los Albazares.

V.

La tarde iba cayendo; el sol comenzaba á esconderse en el horizonte y las nubes de color de oro tapizaban el cielo.

La gente mora, haciendo la oración de la tarde, volvía la cabeza á Oriente encerrada en sus estrechos lí-

mites, maldiciendo cada día la pérdida de la ciudad y la ruina desgraciada del imperio de los Zimaelos.

Ya la esperanza iba muriendo en los corazones: los viejos árabes fijaban los ojos desconsolados en la torre de los Albazares, mas para lamentar la muerte que amenazaba á la pobre hija de Noama Aixa, que para alimentarse con la ilusión que conservan siempre los desgraciados de llegar con la ayuda de Dios al término de sus males.

Iban poco á poco desapareciendo del rededor de la torre los espesos grupos; ya no quedaba en la plaza árabe ni mozarabe; el silencio y la soledad reinaban á lo largo de las murallas, y como siempre, la mansión de Abenjerard mas parecia desierto sepulcro que lugar habitado por seres humanos.

Envuelto en su pardo bornuz, sueltas al viento las ligeras plumas del bonetillo de terciopelo negro, llegó al frente de las ogivas el caballero don Teobaldo; detrás de un minarete de cristales se asomaba una mujer, pálida por la enfermedad, y en cuyos ojos y movimientos se descubría la agitación que la dominaba.

El caballero volvió los ojos, y la miró alzándolos tristemente al cielo.

La mujer bajó los suyos melancólicos, fijándolos en el caballero... dos lágrimas rodaron por sus megillas.

El caballero, con una de esas miradas que son un mundo de preguntas y respuestas, de amor y de martirio, correspondió á la mirada divina de la mora.

La infeliz, sobrecogida de pudoroso miedo, corrió sobre los cristales las cortinas, cerrando estremecida las hojas de la ventana... y las puertas del corazón que se habían abierto.

El caballero permaneció en medio de la plaza largo rato, descansando en su larga espada, inmóvil como una estatua, los ojos fijos en la negruzca torre de los Albazares.

La mora no volvió á asomar la cabeza por el minarete.

Don Teobaldo, con los ojos arrasados en lágrimas, continuó el camino hasta las orillas del Ebro.

— ¿Qué crueldad! exclamaba dolorosamente, siguiendo triste las corrientes del río.

Las ondas cristalinas iban al mar besando los olivares y los verdes almendros de la ribera, que derramaban sus blancas y olorosas flores sobre las frescas y purísimas aguas.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamaba don Teobaldo: la adoro con todo el amor de mis entrañas; por ella diera hasta la última gota de mi sangre. Lloro, si llora: con su risa, río: sin ella, el mundo para mí es un desierto.

« A la luz, al aire, á las sombras de la noche, á las estrellas azules, á todo lo que acompaña mi angustia, le digo el amor que me consume... y tú, ¿Zaida de mi vida! tú sola no me oyes; tú tienes cerrado para mí el corazón... »

« ¡Y me esperas para mirarme!... ¡ay! ¡para mirarme con los ojos de la muerte!... y derramas lágrimas y palideces, y te consumes en la eterna soledad de tus paredes... y mis labios no pueden explicarte los dolores cruelísimos de mi alma, ni las angustias de esta vida infeliz. »

« ¿Porqué huyes de mí, ángel de mi existencia, si yo tiemblo delante de tus ojos, y tengo miedo, y el amor me cierra los labios, y no puedo decirte, ángel de mi vida, que te amo?... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué tormento tan infinito!... »

« ¿A dónde podré hallar amparo?... ¿quién consolará mi dolor?... ¡la muerte!... ¡la muerte!... decía el desesperado caballero, siguiendo con los ojos las tranquilas corrientes del Ebro. »

« Mañana saldremos de Tudela; ¿quién sabe, Zaida, Zaida de mi alma, si volveré á verte? »

Así iba en su dolor diciendo, y consolándose con el eco de sus tristísimos lamentos, porque las angustias del alma se lloran ó se dicen á la soledad, y contadas al silencio, dulcifican el espíritu, cuando al llegar á uno de los remansos del río, muy espeso por la apiñada multitud de álamos blancos y de encinas, oyó una voz delicada que cantaba:

« Peregrino, que vas por el desierto, si tienes penas y lloran de dolor tus tristes ojos, piensa que hay en el mundo quien camina mas solitario que tú, llorando á mares su desventura. »

« No vive solo el que no ama, porque le da consuelo la luz y el aire; ¡ay!... sin amores, el mundo es un desierto: donde el amor no vive, no nacen flores. »

« Golondrínilla, que vuelas por el aire con tus amores, ¡cómo te envidio!... yo siempre lloro; ¿qué me importa la vida, sola en el mundo, ¡ay! sin amores... ¡la vida es un desierto!... »

Don Teobaldo llegó á la espesura, de donde salía la voz, que al terminar el canto, acabó con un suspiro tan melancólico como la trova.

— ¿Quién es la que llora y tiene mas amarguras que yo, y quiere en su desconsuelo endulzar la tristeza y soledad del inteliz caminante? dijo don Teobaldo lleno de curiosidad...

¡Ay! era Elide la judía: la hija de Benjamin de Leon, médico del rey Don Sancho.

Sentada sobre una piedra de la orilla del río, á su lado tenía el laúd, envolviendo el ligero cuerpo en su túnica blanca como la nieve.

La niña estaba pensativa, mirando las ondas al través de las lágrimas en que se arrasaban sus ojos hermosísimos.

En la mano tenía un ramo de azucenas, que deshojadas, iba dejando caer en las cristalinas corrientes.

— ¡Así sucede á las flores de mi corazón! ¡Así se van muriendo mis ilusiones y acabándose las esperanzas de mi vida! decía con tristeza á la mujer cargada de vejez que la acompañaba.

— Elide, contestaba la anciana, á los diez y ocho años no se pierden la fe ni la esperanza.

— La flor que hiela el frío de la desgracia, muere, muere para siempre, respondía la niña; ella ha tocado mi corazón, y muy pronto morirá para siempre...

« Yo he cultivado con mis manos estas florecitas; cuando brotaron besaba sus hojas; muchas veces las regué con mis lágrimas, y así han nacido tan infelices como yo... »

« Las traje prendidas al calor de mi seno; cantando se han renovado mis penas, y como mi mano rompe sus hojas, la desgracia marchita las de mi alma. »

¡Qué hermosa estaba Elide llorando sus amores!

¡Blanca como un jazmín, inocente como una paloma, melancólica como la luz de la luna!

¡Qué ternura había en sus ojos! ¡qué delicia en sus infantiles sonrisas!

Los labios los tenía encendidos como el carmin; los dientes como hojitas de tuberosas; el color de sus mejillas fresco como el de los lirios sonrosados de Jericó.

Su voz melodiosa; su cuerpo esbelto como palma de Oriente; su alma pura como el rocío de la mañana, y sus ojos azules, misteriosos como la luz de las estrellas.

Don Teobaldo rompió la maleza, acercándose á la orilla del río.

La joven, estremecida de miedo, se levantaba para huir, cuando el trovador le dijo cariñosamente:

— Elide, Dios te guarde.

La joven tendió la mano al caballero.

— Cantabas muy tristemente, le dijo el trovador.

— Entretenía mis penas, contestó la niña bajando los ojos.

— Escuché de lejos tu canción, y desde la espesura acabo de oír tus palabras. ¿Qué tienes, Elide? ¿porqué llora la flor de Israel?

— ¿Porqué lo haces tú? respondió turbada la virgen.

— Porque mi mal es grande y no tiene remedio.

— Ni el mio tampoco, dijo la joven.

— Tienes diez y ocho años y eres hermosa como un ángel.

— Y tú, joven, valiente, y el rey te ama; ¿qué puede faltarte á quien tiene juventud, genio y riqueza?

— Falta á mi vida, dijo el trovador exhalando un suspiro, el amor de mis amores.

— Y á la mia el alma, exclamó Elide con la amargura de la tristeza.

— ¿Tú tambien amas, pobre niña?

— Sí, contestó la virgen, sonrosando con el pudor castísimo del corazón la pálida azucena de sus mejillas.

— ¿Y eres amada?

— No, respondió melancólica; ¿á tí te aman, Teobaldo?

— No, dijo con desesperación el caballero.

La luna asomaba por el Oriente: la noche, sembrada de estrellas, comenzaba á cubrir el mundo.

— ¡Pobre Elide! murmuró don Teobaldo, alzando al cielo los ojos enternecidos de compasión.

— ¡Pobre don Teobaldo! dijo la judía fijando su mirada sin esperanza en la tierra, ¡qué desgraciados hemos nacido!

— Sí, Elide, respondió el caballero con lastimoso acento.

La noche había caído, y silenciosas y taciturnas se separaron aquellas dos almas infelices, dirigiendo sus pasos á la cercana ciudad.

VI.

Pasaron las horas: la noche fué oscureciendo, y al dar el reloj las dos llegó á la torre de los Albazares el judío Benjamin.

Muy abstraído cruzó la puerta. Abenjerard salió á recibirlo.

— ¿Vienes pensativo? le dijo el moro.

— Sí, contestó el anciano, ¿y Zaida?

— Zaida vuelve á entregarse á la tristeza de la muerte.

— ¡Abraham me valga! exclamó el judío acercándose al lecho de la mora.

— ¿Qué tienes?... le dijo con amoroso acento.

— Nada, respondió Zaida saltándosele las lágrimas.

— ¿Quieres morir?... le preguntó con amargura el judío. Te había curado, y vuelvo á encontrarte consumida por el mal.

— Es verdad, contestó la mora cruzando sus manos y dejando caer la cabeza sobre el pecho.

— ¡Alá me valga! exclamó Abenjerard desesperado, levantando los ojos al cielo y besando el Corán que llevaba en las manos.

Después de estas palabras, largo tiempo duró el silencio; por fin Benjamin lo rompió.

— Mañana parto de órden del rey á recibir á los embajadores de Abu-Jacob, el gran emperador de Africa; que Dios te asista en mi ausencia, Zaida, hija mia.

— Que él te acompañe, contestó la mora estrechando con ternura entre sus manos las manos del anciano.

Y Benjamin salió de la torre seguido de Abenjerard.

— ¿Qué tiene Zaida? le preguntó el moro con el acento de la desesperación.

— Tristeza, le dijo el judío.

— ¡Tristeza! murmuró pensativo y con dolor Abenjerard. ¡Tristeza, cuando la amo mas que á mi vida;

cuando tengo para ella en mi tesoro mas piezas de oro que estrellas hay en el cielo; cuando son tuyas la mi-

tad de las vegas de la orilla del río, y cien montes heredados de mis abuelos!

» ¡Cuándo sus hijos son como ángeles; cuando ella es la admiración del mundo, porque es mas hermosa que la luna, mas ligera que la palma del desierto, como la estrella de la mañana y como el nacer de la bendita aurora!

« ¡Cuando tiene perlas para alfombrar, si quiere, el pavimento de la torre en que llora de día y de noche sin consuelo: diamantes, rubíes, esmeraldas, zafiros, cachemires, plumas, pieles de leopardos y leones, y cuanto ha inventado el genio de rico y esplendente!

» ¡Cuando hago todos los días cubrir de flores las paredes donde fija sus hermosos ojos, y he traído de Oriente trovadores que con su canto enternecen el mar-

mol! ¡y cuando el agua de su baño, clara como la luz, está destilada entre jazmines y azucenas de Jericó; y tiene los bordados mas exquisitos y las ropas de seda mas suntuosas y los mejores caballos de la Arabia!....

» ¡Ay Benjamin!... ¡Cuanto sueña el entendimiento de grande y agradable para hacer deliciosa la vida, todo lo encierra esa torre lóbrega de mis abuelos; todo lo he atesorado en ella para hacer felices los días de mi Zaida, pero Zaida ha convertido mi hogar en sepulcro de lágrimas!...

» De día y de noche tengo en ella fijos mis ojos entristecidos; si duerme, velo su sueño; si despierta, esclavo de su pensamiento la sigo por donde quiera, como al ángel de mi vida.

» Ella conoce el amor de mis entrañas; sabe que es

tan grande como el cielo y como la tierra, y comprendiendo mi martirio, me tiende su mano mas hermosa que racimo de flores, y yo, desgraciado, derramo sobre su frente las lágrimas del alma. Zaida las siente caer sobre sus negríssimas trenzas... y la compasión baña de ternura sus ojos celestiales.

» Pero Zaida, que jamás se lamenta á mis oídos; Zaida, que sonríe á mis sonrisas; Zaida, que cura mis dolores; Zaida, que vive encerrada en las paredes de esa torre; Zaida, que cuida con celestial ternura los hijos de mi corazón; Zaida... no me ama, Benjamin; no me ama, no.... dijo rompiendo en amarguísimo llanto.... ¡no, no me ama!... continuó levantando en su desesperación las manos al cielo.»

Benjamin caminaba silencioso, oyendo apesadum-



EL PUENTE COLGANTE DE FRIBURGO (Suiza.)

brado las palabras del afligido moro, sin saber en su rectitud qué contestar á tan lastimosas quejas.

Iba á romper el silencio, cuando sintió en el extremo de la calle las pisadas de un hombre, que muy pronto llegó á interrumpir su diálogo.

Abenjerard, que había salido de la torre á buscar alivio en el corazón y los consejos de su amigo, se impacientó con la presencia de don Teobaldo, que era el que se acercaba; el cual envuelto en su negro jaique, descansando el brazo en la empuñadura de su espada tudelana, se dirigió á Benjamin diciéndole:

— Dios os guarde.

Benjamin se sorprendió con la presencia de don Teobaldo; Abenjerard, á quien una secreta impulsión separaba del caballero, le contestó friamente.

— Moro, le dijo don Teobaldo, el rey nuestro generoso señor quiere que al despuntar el alba estés en el palacio; toma la orden.

— Cristiano, dijo secamente Abenjerard besando el sello del pergamino, y dejando escapar un suspiro profundo, cumpliré el mandato del rey.

Faltaban tres horas para el alba.

Abenjerard estrechó la mano del judío, volviéndose á la torre de los Albazares.

Don Teobaldo subió al castillo, y Benjamin meditando se dirigió por la calle de Santa María, entrando en su casa, donde Elide entregada al descanso soñaba dulcemente en los amores inocentes de su corazón.

VII.

Los centinelas del castillo se guarecían del viento en las negruzcas almenas.

Los puentes estaban levantados.

En la cámara de Don Sancho reinaba el silencio. Ardía en una barbacana un grueso tronco de olivo, y sobre la mesa del salón estaba colocado un pebetero, cuyo extremo preciosísimo lo adornaba una lámpara morisca de plata con siete mecheros.

El rey estaba sentado delante de la gran mesa, clavando los ojos en el fuego que con sus cambiantes verdes y azules entretenía su ánimo preocupado. Crugió

una puertecilla escondida en uno de los ángulos de la pieza y por allí entró don Teobaldo.

El rey al sentir el ruido volvió la cabeza, y antes de que se acercara el que entraba, le dijo:

— ¿Hablaste al moro?

— Sí, Señor, y le entregué tu orden.

— ¿Qué hacia? replicó Don Sancho impaciente.

— Bajaba por la calle de los Guerreros.

— ¿A las dos de la noche, Abenjerard por los alrededores del castillo? murmuró el rey entre dientes: ¿iba solo?

— No, dijo don Teobaldo, le acompañaba Benjamin.

— ¡Con Benjamin! exclamó el rey cada vez mas preocupado. Antolinez, dijo con inquietud: mi malla y mi espada.

El paje trajo la camisa de hierro, la espada y las manoplas.

El rey vistió sus armas con ligereza, y por la puerta secreta salió seguido de don Teobaldo, por el subterráneo que daba frente á la iglesia de Santa María.

(Se continuará.)